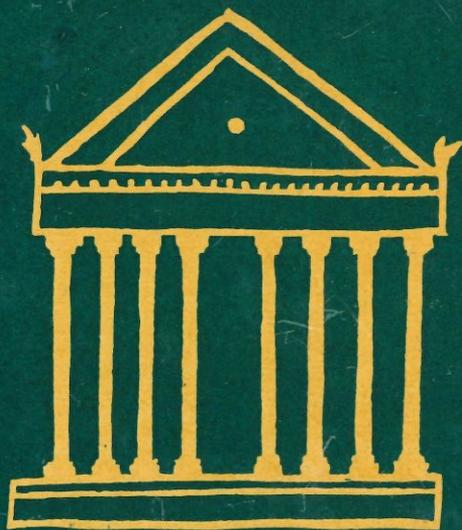


José de C. Serra Rafols

MONUMENTOS ROMANOS

ARGOS



E S T O E S E S P A Ñ A

ESTO ES ESPAÑA

MONUMENTOS ROMANOS

FOTOGRAFÍAS DE CENTELLES,
ARCHIVO MAS Y DEL AUTOR.

El editor da las gracias a los numerosos coleccionistas particulares y a algunos Museos, que excepcionalmente le han facilitado su ayuda.

MONUMENTOS ROMANOS

JOSÉ DE C. SERRA-RAFOLS

Con 8 láminas en color
y 28 grabados en negro

LIBRERIA EDITORIAL
ARGOS, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

1.ª edición: Enero 1950

COPYRIGHT 1950 BY
ARGOS, S. A.

Todos los derechos reservados

IMPRESO EN ESPAÑA

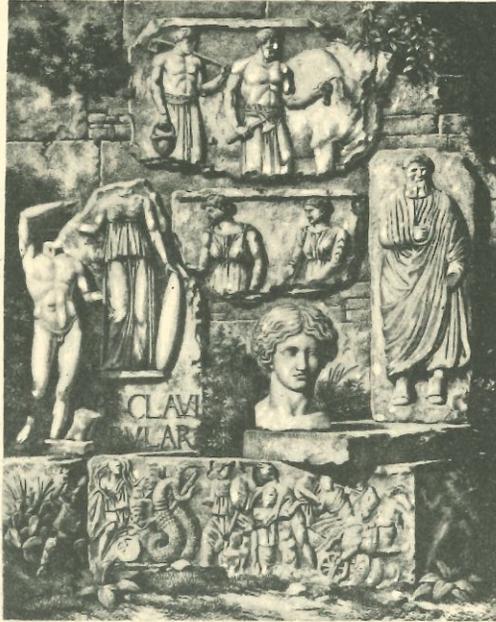
PRINTED IN SPAIN

Talleres Gráficos de la Sociedad General de Publicaciones, S. A. - Conde Borrell, 243-249 - Barcelona

INTRODUCCION

Originalidad y uniformidad de la cultura romana. — La cultura romana, tomada en su conjunto, es una de las más originales y, desde luego, de las más universales que ha producido la Humanidad. Para su originalidad no es obstáculo que en ella puedan notarse las más varias influencias, y que la griega sea tan profunda que en muchos aspectos la civilización romana pueda parecer un mero reflejo de aquélla; la verdad es que el pueblo romano supo fundir tales influencias en forma que la resultante de todas ellas es algo típico y original, dotado de una formidable fuerza de expansión en el espacio y todavía más en el tiempo. Hace largos siglos que el Imperio de Roma ha desaparecido, pero la cultura humana posterior, en Occidente, sigue siendo, en gran parte, hija de la que creó aquel gran pueblo y, si los mismos romanos, refiriéndose a la influencia que ejercieron sobre ellos los pueblos dominados, pudieron decir que Roma fué conquistada por sus vencidos, con mayor razón puede decirse que ella supo conquistar a sus vencedores.

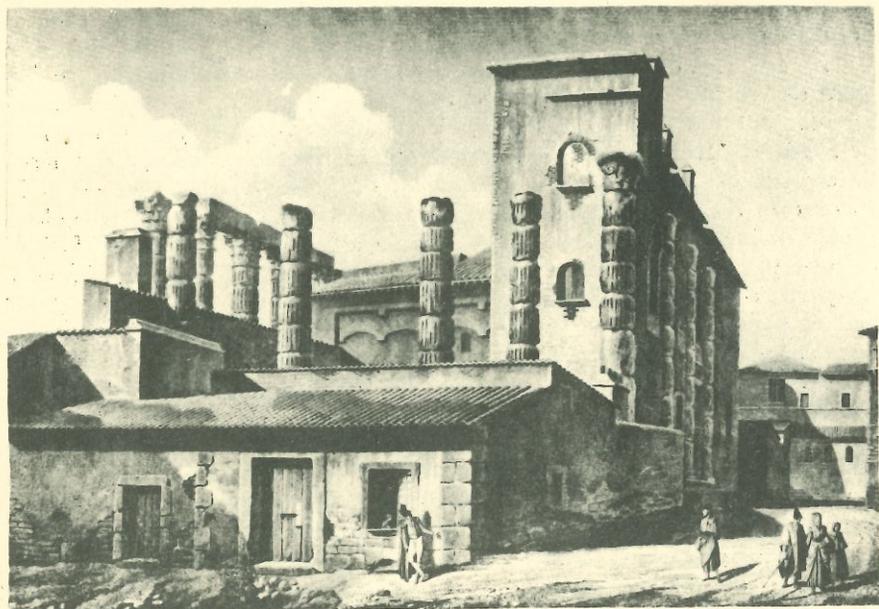
El arte, con todo y ser una de las manifestaciones menos originales de Roma, no escapa a este concepto general, y, dentro de él, la arquitectura, de la que vamos a ocuparnos preferentemente en este libro, es la rama con mayor personalidad, la más valiosa que produjo Roma. La fuerza misma del genio romano, y ello es la mejor prueba de su potencia, fué tan grande, que, más que en otro arte alguno, en el romano es difícil distinguir provincias. Otros grandes ciclos artísticos que han ocupado con sus productos áreas, si no tan extensas como la que llegó a dominar Roma, muy considerables, están lejos de haber conseguido su unidad. Si nos fijamos, por ejemplo, en el arte gótico, o más concretamente en la arquitectura gótica, es fácil para sus historiadores subdividir su dominio en regiones, y los monumentos de estas diversas regiones, sin dejar de ser góticos, se diferencian netamente unos de otros sin que puedan confundirse. La catedral de Sevilla, verbigracia, es gótica, lo es también la de Gerona y lo es igualmente Notre-Dame de París, pero estos tres grandes monumentos nunca se confundirán y representan tres modalidades provinciales de un mismo arte, enormemente influidas por el espíritu de la tierra donde se levantan sus cimientos. Y aun en un mismo monumento podemos distinguir influencias de diferentes escuelas o provincias: podemos decir que en él hay cosas importadas, si no en su



Tarragona. Fragmentos antiguos hallados en Barcelona. Grabado Laborde.

materialidad, lo que no siempre es posible, en arquitectura, en espíritu; es decir, en su arte, y la historia del monumento, cuando la podemos conocer, nos explica las causas de estos hechos. Nunca, en la época gótica, un maestro francés producirá la misma obra que un maestro catalán o castellano, con todo y vivir en el mismo tiempo y elaborar el mismo arte. Así en las grandes catedrales de Burgos y de León, es posible distinguir influencias francesas, por el país de origen de varios de los maestros que en ellas trabajaron.

Esto es mucho más difícil en la arquitectura romana, y esta dificultad no hay que creer que derive exclusivamente del mayor estado de degradación a que han llegado hasta nosotros sus monumentos y de la rareza de documentación escrita que nos dé detalles de su construcción; nace, tanto como de ello, de la unidad fundamental de todo lo romano, tan poderosa que, en buena parte, ahogaba la iniciativa individual y más todavía la difusa influencia provincial. Dos templos romanos radicados en distintas provincias se parecen mucho más entre sí que dos catedrales góticas, elevadas también en provincias diferentes. Este hecho se deriva fundamentalmente de la unidad política romana, que cimenta la unidad cultural, en tanto que, en la época gótica, que hemos tomado como término de comparación, aquella solemne construcción política no existe, y la diversidad que le ha sucedido



Mérida. Restos del templo llamado de Diana, según dibujo de Laborde.

favorece las tendencias disgregadoras en todos los terrenos y también en el del arte. No se crea con todo que esta unidad sea absoluta, ni en el arte en general ni en su rama arquitectónica. Aunque no fuese más que por las condiciones de los materiales empleados en las obras, tan estrechamente dependientes de los que proporciona cada país y aun cada comarca, se producirían diferencias. El granito de Mérida, las calizas fosilíferas de Tarragona que han dejado en la cantera del Médol un verdadero monumento, la arenisca de Barcelona, nunca darán, empleadas en la construcción, los mismos monumentos. La bondad de los mármoles italianos y griegos, determinaron una prepotencia de los talleres que pueden trabajar a base de materiales tan maravillosos para la escultura y la decoración arquitectónica esculpida, mientras que los mármoles y las calizas locales, cuando no las areniscas, empleadas también en la decoración arquitectural, servirán de base a facies provinciales del arte. Si a ello unimos la herencia indígena y la influencia geográfica y demás factores de disociación, sin que podamos buscar en las provincias hispánicas una gran originalidad dentro de lo romano, no dejan de tener sus monumentos destacada personalidad, ni dejan de ser dignos de un estudio detenido y de figurar algunos de ellos entre los más bellos e interesantes que nos ha legado la antigüedad romana.

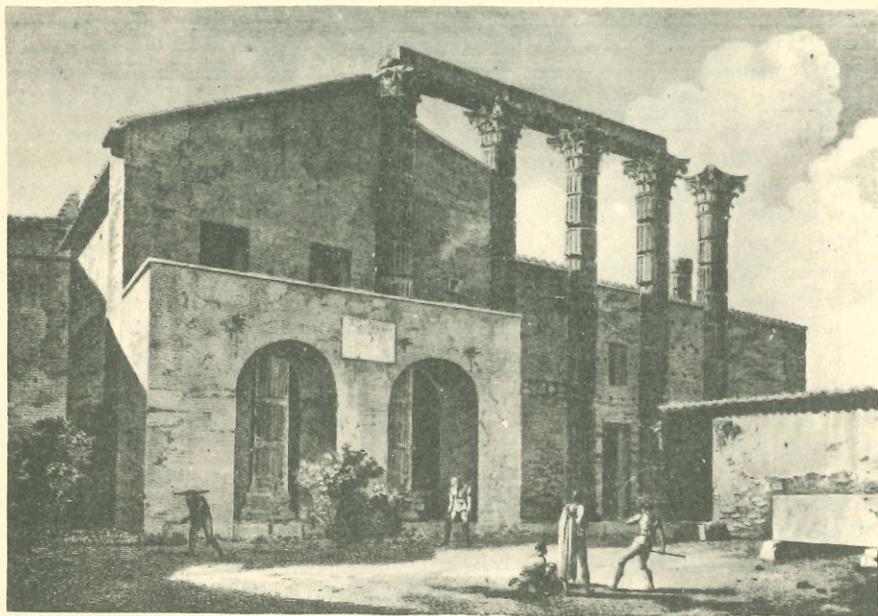
La romanización de la Hispania. — Acabamos de mencionar la herencia indígena, y para comprender su valor hemos de dedicar unas líneas a la

forma como España (Iberia para los escritores griegos, Hispania para los latinos) fué incorporada al mundo romano.

El Mediterráneo ha sido siempre un gran camino de relación y enlace entre sus pueblos ribereños. Una cierta unidad geográfica y climática acaba por dar a todos ellos determinadas modalidades comunes de cultura. Pero la Península Ibérica es sólo parcialmente mediterránea. Escapan al mediterraneismo no sólo su amplia fachada atlántica, sino la extensa meseta interior que, a pesar de su pobreza intrínseca, tantas veces ha constituido el núcleo político que ha impuesto su dominio a toda la periferia. La fachada oriental y, con ciertas salvedades, las fosas tectónicas del Ebro y del Guadalquivir, son las zonas propiamente con características mediterráneas, aunque la segunda no corresponda a la cuenca del mar interior. Estas zonas son fundamentalmente receptoras de culturas venidas del oriente y del centro del gran mar «humano» que es el Mediterráneo. Ellas son las encargadas de recibir estas culturas y de transmitir las al resto de la Península, pero jamás imponen su dominio político sobre el resto del territorio, por lo menos de una manera durable. Acaso durante la dominación romana, y por estar respaldadas por un poder más fuerte igualmente mediterráneo, estas zonas de cultura ejercieron su mayor hegemonía política.

Culturas prehistóricas, luego las de los fenicios, griegos y cartagineses, llegan por el Mediterráneo y arraigan en nuestras costas. Precisamente la intervención romana a finales del siglo III antes de J. C., se produce a consecuencia de una querrela mediterránea, aquella en la que cartagineses y romanos dirimen el dominio del mar interior y con él su propia existencia. Cartago ha hecho de una parte de la Península el arsenal de su poderío; de ella saca la riqueza de sus minas y de toda la Iberia soldados mercenarios con los que nutrir sus ejércitos. Cuando la gran máquina guerrera cartaginesa, al mando de Anibal, ha abandonado la Península camino de Italia, Roma cree llegado el momento de dar un golpe terrible a la potencia de su rival llevando la guerra a la Iberia y conquistando esta base esencial para sus enemigos. En el mes de agosto del año 218 antes de J. C. desembarca en la griega y aliada Emporion el primer ejército romano que pisa nuestro suelo, al mando de Cneo Scipión. El mismo año, Tarragona queda ocupada por los romanos, que rehabilitan sus murallas y hacen de ella el cuartel principal de sus operaciones, mientras Emporion, dotada de mejores condiciones para el movimiento marítimo, sigue siendo una base esencial para las comunicaciones con Italia, que tienen lugar normalmente por la vía marítima. Con ello empieza el dominio romano en Hispania, que ha de ir extendiéndose como mancha de aceite hasta abarcar toda la Península. Esta fecha tan remota hace que España sea el primer territorio extraitaliano (comprendiendo a Sicilia dentro de Italia, bien que en la antigüedad aquella isla se consideraba fuera del territorio propiamente itálico) que cae bajo el dominio de Roma.

Tarragona ha de gozar largamente del hecho de haber sido el punto inicial de la conquista (Emporion era una ciudad griega aliada) y ha de



Mérida. Vista posterior de los restos del templo llamado de Diana, según dibujo de Laborde.

ser la cabeza de la más extensa de las provincias hispanas durante siglos: la Citerior o Tarraconense. Son unos tiempos de hegemonía mediterránea; no sólo el poder central reside en Roma, ciudad mediterránea, sino que el poder delegado se asienta en Tarragona y en Nova Cartago (Cartagena) para la mayor parte de España, y para la otra provincia, la Ulterior, después llamada Bética, en una ciudad andaluza (*Corduba* o *Hispalis*), todas en la zona que hemos llamado mediterránea. Al crearse la Lusitania, la capitalidad se establece en el interior, pero fuera de la Meseta. El poder romano representa pues el dominio mediterráneo, con la armonía, la claridad, la mesura, pero también la indolencia de los hijos de las tierras bañadas por este mar. Jamás en el curso de la historia, la Meseta influirá menos en el gobierno del conjunto, pero este hecho no se ha de repetir nuevamente, ni en la época árabe, con tanta claridad.

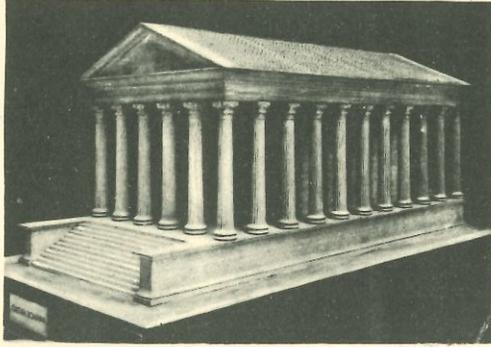
La conquista y la subsiguiente romanización o asimilación de los indígenas a la cultura romana, hechos que van más de un siglo separados el uno del otro, han de ser lentos y, hasta Augusto, más o menos al comienzo de nuestra Era, y cuando puede decirse que el Imperio Romano llega a sus límites definitivos, no termina la conquista total de la Península. Todo el territorio es dominio político efectivo de Roma (desde mucho antes lo era teórico), pero dista mucho de serlo cultural. En realidad, cuando las

invasiones germánicas, obrando sobre el cuerpo ya internamente depauperado del Imperio, acaban con su existencia, hay zonas extensas muy levemente romanizadas, especialmente en el N. O., pero la levadura romana se muestra tan potente, que cuando ya el dominio de Roma no existe, prosigue el proceso de la romanización, que termina en plena Edad Media.

Los monumentos romanos de España son hijos de esta dominación cultural, asentada con gran retardo sobre la política; por lo tanto entre ellos hemos de buscar pocas cosas de los primeros tiempos de conquista militar, apenas algunos recintos amurallados. Casi todo lo que conocemos pertenece con seguridad a los siglos imperiales, que son los más gloriosos externamente, pero que lentamente van consumiendo la savia acumulada en los tiempos menos brillantes, pero internamente más fecundos de la República. Puede decirse que ésta viene a representar, lo mismo que en una familia, la generación que crea la riqueza a fuerza de trabajos y austeridad, pero que no goza de esta riqueza, en tanto que el Imperio representa la generación que va dilapidando el capital acumulado por los mayores, pero que, al dilapidarlo, lo muestra a los ojos del mundo y con ser más pobre parece más rica. Al final viene la generación de la ruina, el capital se ha esfumado, resulta ya imposible salvar ni siquiera las apariencias, los grandes monumentos dejan de construirse y aun de repararse los existentes. Nuevas formas de cultura se implantan, estamos en una nueva Edad.

LOS MONUMENTOS ROMANOS EN ESPAÑA

EN los monumentos romanos, lo mismo de España que de los demás territorios que formaron parte del Imperio de Roma, hay que distinguir entre los que pueden ser considerados obras públicas y los edificados por particulares y, entre los primeros, aquellos que se deben a la labor constructiva del Estado, pudiéramos decir de los Emperadores, y las que levantaron los poderes provinciales y locales. Fijémonos que se trata de una división que podría aplicarse bastante a los tiempos modernos, y fijémonos también en la ausencia del poder constructor por excelencia en la Edad Media y gran parte de la Moderna: la Iglesia. En Roma la religión es una dependencia del Estado, y sus templos, que carecen de la personalidad y de la preeminencia que tienen los cristianos entre todas las construcciones de su época, hay que englobarlos entre las obras públicas, con el mismo título que los edificios para espectáculos, pongamos por ejemplo. Hay templos construidos por particulares como ofrendas privadas a una divinidad, pero lo común es que sean obra imperial, de las provincias o de los municipios. Como quiera que para la mayoría de los monumentos hispanorromanos carecemos de documentación escrita de ninguna clase (la excepción son algunas inscripciones como las del teatro de Mérida, o alguna cita en textos de autores antiguos, como las referentes al templo de



Maqueta del templo romano de Barcelona. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

Augusto en Tarragona), para discriminar su origen, nos hemos de valer de las características de los monumentos. En general puede decirse que las grandes vías de comunicación, con sus puentes monumentales, son obra del Estado, en el sentido de que la iniciativa partía de éste, bien que los fondos los proporcionaban directamente los pueblos próximos; lo son asimismo muchos de los edificios públicos radicados en las capitales administrativas, y por esto tales ciudades, a pesar de erigirse a veces en territorios pobres, suelen ser las más ricas en monumentos. Es un caso semejante, en menores proporciones, al de la actual capital de España, la ciudad más rica del país en grandes edificios, pero casi todos ellos obra del Estado, que se levanta en medio de una árida llanura semidesértica en la que la vida sólo ha proliferado por la voluntad tenaz del Estado de imponerlo así. De las murallas, algunas de las más antiguas son también obra de los gobernadores o de las legiones obrando en nombre del Estado; las otras debieron ser ya erigidas directamente por los poderes locales. Estos deben ser también los autores de la mayoría de los edificios públicos de las ciudades sin gran rango administrativo, como pasa hoy día. Entre aquellos monumentos que sabemos erigidos por particulares, los más notables son los sepulcrales, algunas casas palacios y no dejan de figurar entre ellos algunos templos (como el dedicado a Marte, en Mérida), termas (como unas en Barcelona), etc.

En nuestro trabajo no haremos en manera alguna una prolija enumeración de todos o de la mayoría de los edificios de los cuales se conservan elementos, sino que nos limitaremos a referirnos a aquellos de los que han llegado hasta nosotros restos de proporciones monumentales, que puedan interesar al viajero culto.

Nos ocuparemos sucesivamente y por el orden siguiente: primero de los conjuntos monumentales de las ciudades comenzando por sus recintos amurallados, siguiendo por sus edificios públicos, foros, templos, mercados y monumentos honoríficos. A continuación, las termas, que nos llevarán a

hablar de un elemento tan importante en las ciudades romanas como es el abastecimiento de aguas, con sus pantanos, acueductos, fuentes y cisternas. Después, nos ocuparemos de los edificios para espectáculos, teatros, anfiteatros y circos. A continuación, de las casas de las ciudades y de las campestres. Después, de la red de comunicaciones, con los puentes existentes en ellas. Por fin, de las sepulturas.

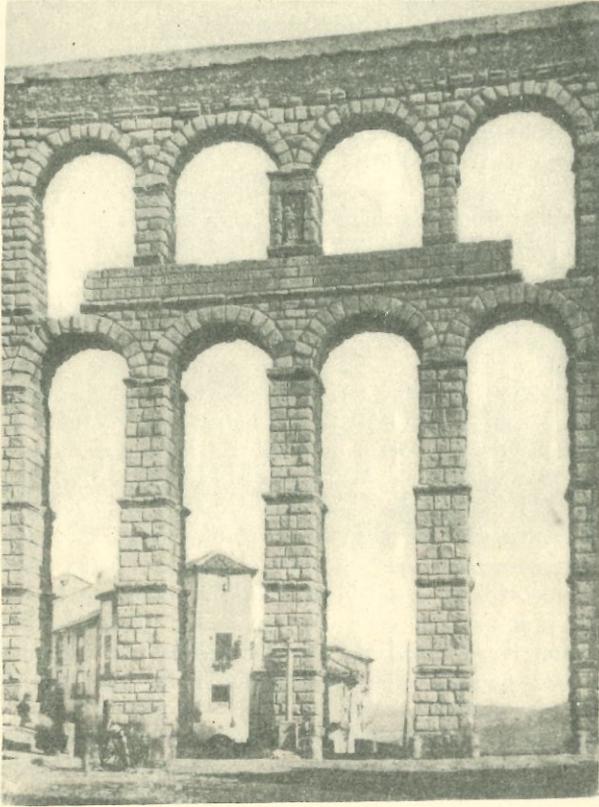
LAS CIUDADES

Hubo en la Hispania algunas ciudades que en la antigüedad ya tenían fama de monumentales, la primera de ellas Mérida, la *Colonia Augusta Emerita*, capital de la Lusitania, que el escritor Ausonio (siglo IV después de J. C.) proclama como la oncenava ciudad del Imperio (1); Tarragona, la *Colonia Iulia Victrix Triumphalis Tarraco*, capital de la Tarraconense; Córdoba, la *Colonia Patricia Corduba*, que fué el punto de residencia habitual del procónsul que gobernaba la provincia Bética; Itálica, la *Colonia Elia Augusta Itálica*, patria de Trajano, acaso el más grande de los emperadores romanos; Cádiz, el *Municipium Augustum Gaditanum*, sucesor de la viejísima colonia fenicia, que no tuvo bajo los romanos gran importancia jurídica, pues ni siquiera alcanzó la categoría de *colonia*, pero que siguió siendo el mayor emporio de comercio de la Península, dando nombre de origen a varios productos que por él se exportaban, como los vinos, el *garum* (una preciada salsa hecha de entrañas fermentadas de pescados) y las salazones, y también pudiéramos decir las bailarinas andaluzas, que, ya entonces como ahora, eran un producto de exportación española. Cádiz fué acaso la ciudad de mayor vecindario de la Hispania, y por lo menos es aquella que nos ha legado mayor número de inscripciones latinas de la antigüedad.

Pero de éstas y otras muchas ciudades apenas quedan restos aparentes de su antigua grandeza, grandeza muy relativa, ya que las mayores entre ellas tenían un vecindario semejante a nuestras modestas capitales de provincia (2). Las excavaciones arqueológicas, que con gran parsimonia y

(1) Las diez ciudades que según él la precedían en importancia eran Roma, *Byzantium* (Constantinopla), Carthago, Antiochía, Alexandria, *Augusta Treverorum* (Tréveris), *Mediolanum* (Milán), Capua, Aquileia, y Arelate (Arles). Esta noticia tiene un valor geográfico muy relativo y no hay que tomarla al pie de la letra, aparte de corresponder a una época en que el Imperio estaba ya en plena descomposición. De todas maneras demuestra la gran importancia que tuvo Mérida.

(2) Se ha exagerado muchísimo el vecindario de las ciudades de la antigüedad. Éste tenía un límite fijado por la posibilidad de acumular en ellas los productos necesarios para la vida de sus habitantes, con el escaso margen que permitían los rudimentarios medios de transporte de que disponía la humanidad antes de la mecanización del siglo XIX. Las ciudades marítimas y todavía más las situadas sobre un gran río, eran las mejor emplazadas bajo este punto de vista, pues los transportes marítimos y más todavía los fluviales, entonces como ahora, eran los que permitían desplazar económicamente mayores masas de mercancías. Roma, en el momento de su máxima grandeza, no llegó a contener más de un millón de habitantes. Las ciudades hispano romanas, mediante cálculos deducidos del área que ocupaban, que en muchos casos se conoce de una manera bastante aproximada, no tenían en caso alguno vecindario que superase los 50,000 habitantes. Acaso Cádiz fuese una excepción y sobrepasase esta cifra, pues aunque no ocupase una gran extensión (de todas maneras más de cien hectáreas) es probable que su caserío fuese muy apiñado (como lo es ahora) y con casas de muchas plantas como acontecía en Tyro, su lejana progenitora emplazada también en una isla de escasa superficie.



Segovia. Arcos centrales del acueducto.

medios escasísimos se van efectuando, exhuman lentamente antigüedades romanas en varias de ellas, pero puede decirse que en toda España no existen más que tres ciudades que ofrezcan un conjunto de restos de esta época suficientes para declararlas ciudades monumentales romanas; a saber: Mérida, Tarragona y Emporion (Ampurias) (1). Posiblemente, con el tiempo, a medida que las excavaciones avancen, se puedan incorporar a este número tan reducido Itálica y en un plano inferior Clunia, Sagunto y pocas más. Mérida, hasta hace pocos años, era una ciudad muy pequeña y adormecida, lo que contribuyó a la conservación de sus monumentos, bien que por desgracia para la arqueología y el patrimonio artístico de España,

(1) Del griego Emporiton (Emporiae) se deriva de una manera fácil y eufónica el nombre actual Empuries o Empories. La forma bárbara Ampurias ya a primera vista se ve que debe ser desterrada y deriva de una baja latinización.

desde hace algunos años se despierta y engrandece caóticamente, con lo cual los restos todavía no exhumados perecen rápida e irremediabilmente. A pesar de ello, es todavía Mérida la ciudad de España que mayor número de restos antiguos monumentales puede ofrecer al viajero, y a ellos debe exclusivamente el ser conocida en el mundo, bien que sus hijos no acaben de darse cuenta de ello.

En segundo lugar está Tarragona. Aquí, desde hace muchos años, la ciudad moderna ha sido más importante que Mérida, lo cual explica que los restos antiguos hayan sufrido mucho más que en la ciudad extremeña, y la población no ofrezca el interés monumental que tiene aquélla, en cuanto a la época romana se refiere. De todas maneras figura en España en segundo lugar por este concepto, más cerca de Mérida que de la tercera ciudad monumental.

Esta es Emporion, que fué en la antigüedad una ciudad muy modesta, aunque con un origen tan ilustre como haber sido la más importante de las colonias griegas de las costas ibéricas. La humildad de sus monumentos es una prueba de aquella modestia, pero la ciudad ha tenido para los amantes del pasado la fortuna de no haber conocido una sucesora moderna y sus ruinas se encuentran en despoblado y, bien que muy degradadas, ofrecen un conjunto apreciable que encanta al viajero, sobre todo al sumarse a él la belleza incomparable del lugar donde se asientan. Las excavaciones, que se pueden practicar en ella con envidiable libertad de movimientos, están en situación de dar todavía grandes resultados. La alta calidad de las obras de arte que en ellas se descubren es como un reflejo de su origen griego.

De Itálica tenemos un monumento enorme, su inmenso anfiteatro, uno de los primeros del mundo romano, y un conjunto de hallazgos, productos los más de excavaciones de aficionado, que demuestran que bajo los campos de Santiponce, existe una ciudad magnífica, que con el tiempo podrá ser desenterrada con relativa facilidad y que proporcionará sobre todo una colección inacabable de mosaicos riquísimos. Encima no hay ninguna ciudad moderna, pero las condiciones de trabajo nunca serán tan óptimas como en Emporion.

De Clunia, la *Colonia Clunia Sulpicia*, en Coruña del Conde (provincia de Burgos), cuyas ruinas están en un lugar desierto, puede esperarse bastante, como ha quedado demostrado en excavaciones recientes que han puesto a la luz del día una morada privada con caracteres de palacio; pero aunque la ciudad, con sus ciento treinta hectáreas de superficie, es, para Taracena, la más extensa de la Hispania, resulta muy dudoso que todo aquel espacio fuese propiamente área urbana, y no dudamos que era población mucho más pobre que las de la Bética.

Sagunto, famosa por su asedio por los cartagineses, causa ocasional de la segunda guerra púnica, floreció nuevamente en plena época romana, como lo demuestran sus grandes edificios para espectáculos: teatro y circo, que es lo que mejor conocemos de ella. Puede dar todavía mucho, lo



Barcelona. (Museo Arqueológico.) Reconstrucción de un pequeño templo con hallazgos procedentes de la ciudad.

mismo en la parte llana que en la colina donde se levanta fieramente su castillo y que fué el lugar de asiento de la heroica ciudad ibérica.

De cómo las excavaciones pueden ampliar extraordinariamente el campo de los monumentos romanos tenemos una prueba en las efectuadas en un despoblado de la provincia de Cádiz, el de Bolonia, asiento de una pequeña ciudad, *Baelo*, que es dudoso llegase a alcanzar la categoría de *colonia*, pero cuyos restos, exhumados no hace muchos años, nos dicen mucho sobre lo que eran las pequeñas ciudades hispanorromanas.

De los trabajos en otras ciudades, que tuvieron el rango de colonias, y que debieron ser muy importantes, como la citada *Corduba*, y a su lado *Hispalis* (Sevilla), *Valentia* (Valencia), *Barcino* (Barcelona), *Cesar Augusta* (Zaragoza), etc., pueden esperarse resultados menos completos, por estar asentadas en su antiguo solar grandes ciudades modernas, lo que, por un lado, ha sido causa de copiosa destrucción y, por otra, dificulta extraordinariamente las excavaciones de conjunto, bien que, en compensación, especialmente en los casos de Barcelona y Valencia, la pujanza y riqueza de las ciudades modernas, constituye una gran base para poder emprender trabajos costosos, que pueden fácilmente sufragar aquellas opulentas ciudades, cosa que, en una escala limitada, ya ha iniciado Barcelona.

LOS RECINTOS AMURALLADOS

De muchas de estas ciudades apenas se conocen los recintos amurallados. Hay que tener presente que las murallas, necesarias o útiles en épocas

de inseguridad, dejan de serlo cuando la paz se establece por largo tiempo. Entonces las murallas se abandonan lentamente, las ciudades, al crecer, rebasan el recinto que primitivamente se habían marcado, y las viejas murallas, al quedar englobadas dentro del casco urbano, a veces incluso dentro de las casas, pierden doblemente su utilidad. Esto es lo que aconteció en el Imperio Romano, pues es ésta una época, como la humanidad no ha conocido otra alguna, en que la paz se estableció de tal manera que, en provincias como la Hispania, alejadas de las fronteras del Imperio, llegó a olvidarse el peligro y aun la existencia de la guerra, por lo menos de la guerra exterior. Cuando este estado de beatitud llegó a su fin, a causa de las primeras oleadas de los pueblos germánicos que rompieron las fronteras (los francos, en la segunda mitad del siglo III), la Hispania, como antes la Galia, fué en gran parte terriblemente asolada. Al quedar vencido momentáneamente el peligro, al lado de la ruina material, quedó, tanto o más terrible que aquélla, la ruina moral; la pérdida de aquel sentimiento de seguridad que había sido patrimonio afortunado de varias generaciones. Entonces vuelven a levantarse murallas en torno de las ciudades que han subsistido, pues algunas perecen casi totalmente, como por ejemplo en Emporion.

De ahí que haya que distinguir entre los muros que pueden atribuirse a los primeros tiempos de la intervención romana (muy diferentes según los lugares) y los de época tardía. De los primeros recintos tenemos algunos buenos ejemplos de carácter verdaderamente monumental, el primero de todos en Tarragona, donde la muralla prerromana, la llamada muralla ciclópica, fué reparada y sobreelevada por los Scipiones (1), recinto que, con mayores o menores alteraciones, que no han modificado su aspecto primitivo, ha llegado en gran parte hasta nosotros. Estas murallas rodean la parte alta de la ciudad, dibujando un medio óvalo irregular, con una longitud de unos mil doscientos metros. En la parte baja se ven los restos de la muralla ibérica, encima los bloques romanos, de menor tamaño y mayor regularidad, que se elevan hasta una altura de unos diez metros. El paseo que discurre al pie de esta muralla, la llamada Falsa Braga o modernamente Paseo Arqueológico de Tarragona, es uno de los más bellos y evocadores rincones para el hombre sensible a la voz de la Historia.

Otro recinto, en gran parte muy bien conservado, de época antigua, es el que rodea la ciudad alta de Emporion. Como es sabido, Emporion era una ciudad muy compleja. Tenía un barrio griego antiguo, la Paleópolis, del cual se conoce poca cosa más que el lugar de emplazamiento; otro griego más moderno, la Neápolis, que se ha excavado totalmente, pero sin profundizar más que en escasos puntos hasta los niveles más antiguos, rodeado por una muralla prerromana, y un barrio ibérico mucho más extenso, con muralla propia. Destruyendo este barrio ibérico y su muralla, tal vez la ciudad de Indica, los romanos levantaron otro, de planta muy

(1) *Scipionum opus*, obra de los Scipiones, llama Plinio (III, 21) a Tarragona, seguramente refiriéndose a la parte romana de estas murallas.



El arco de Bará, cerca de Tarragona, en la Vía Augusta.



Mérida. El llamado Arco de Trajano, según dibujo de Laborde.

regular, un paralelogramo alargado, la planta de un campamento, del cual se han conservado muchos restos, en especial de la muralla, que se había fechado en el siglo I antes de J. C., del tiempo de César, pero que las últimas excavaciones tienden a demostrar es más antigua, acaso del siglo II antes de J. C. Sobre un gran basamento de bloques bastante toscos, pero dispuestos en hiladas regulares, y que tiene una altura de unos dos metros cincuenta centímetros, se levanta un muro de hormigón, vacío interiormente, que tiene unos tres metros de alto y sobre el que parece existió un tercer cuerpo, también de hormigón. El frente sur de esta muralla, que es el mejor conservado, de cerca de cuatrocientos metros de longitud, en el centro del cual se abre la puerta principal de la ciudad, ofrece un aspecto todavía imponente.

De la época posterior a las invasiones del siglo III sólo citaremos dos recintos. El más conocido es el de Barcelona, que se distingue por el gran número de torres de planta cuadrangular, muy próximas las unas a las otras, que lo refuerzan, aparte de otras torres cilíndricas que defienden las puertas. El lienzo más completo de estas murallas es el que se puede contemplar desde la Vía Layetana, cuya modernidad forma un contraste con el muro romano sobreelevado de vetustas construcciones medievales, que no deja de ser sugestivo. En conjunto, esta muralla dibuja un óvalo irregular, y el perímetro que comprende era inferior al de la ciudad romana anterior a su construcción. En ella, como en la de todas las murallas de esta época, se aprovecharon gran número de materiales procedentes de edificios y sepulturas derruidas durante la acometida de los francos. De todas maneras no es un muro improvisado sino hecho con gran perfección y su construcción debió ocupar todo el último tercio del siglo III.

Mejor conservado es el recinto amurallado de Lugo (*Lucus Augusta*), que tiene un desarrollo de más de dos kilómetros, en el que se mantienen en pie cerca de sesenta de las torres semicilíndricas que lo reforzaban. Está hecho de un aparejo muy pequeño y rústico, que le quita belleza y discrepa de los grandes sillares con que imaginamos equivocadamente han de estar hechas todas las grandes obras romanas.

LOS MONUMENTOS PÚBLICOS DE LAS CIUDADES

El centro de la ciudad romana era el *forum*, que equivale a la plaza mayor de nuestros pueblos y ciudades pequeñas, en el que solían elevarse los edificios públicos de la administración y que con los pórticos que solían ornarlo formaba un conjunto monumental más o menos rico según la categoría de la ciudad. El foro tenía un doble carácter; por un lado, era el centro de la vida pública, con una basílica para la administración de justicia, la curia donde se reunía el gobierno ciudadano, el templo para el culto oficial, etc. Al mismo tiempo era el lugar de mercado, pero, en las poblaciones de una cierta importancia, esta última función era llevada a otros foros (*macelli*) rodeados de tiendas. Por desgracia, en España apenas



Mérida. Una de las aras que forman la llamada columna de Santa Eulalia.

se conoce ningún foro. En Emporion conocemos únicamente el de la Neápolis griega, que en la época romana no era más que una ampliación del ágora helénica y que está tan destruído que no tiene ninguna monumentalidad. En Tarragona el foro propiamente dicho estaba en la acrópolis o parte alta de la ciudad y ocupaba un rectángulo irregular de ciento sesenta a ciento setenta metros de lado, pero de él sólo se ven escasos vestigios. En la parte baja se han descubierto los restos de un *macellum*, que hubieran podido ser reconstruídos, pues había elementos para ello, pero que el tiempo y la incuria de los últimos años han ido degradando. De otros foros como los de Mérida y Barcelona apenas se conoce otra cosa que el probable lugar de emplazamiento.

LOS TEMPLOS

Mejor informados estamos respecto de los templos hispanorromanos. El mejor conservado de todos está en Portugal, en Evora. Tenía seis columnas en la fachada y estaba rodeado por una columnata, es decir, era *hexástilo* y *períptero*; mide veinticinco metros de largo por quince de ancho; sus columnas de granito, conservadas en gran parte en toda su altura son estriadas y tienen capiteles corintios y seguramente iban revestidas de estucos de colores; miden siete metros y setenta centímetros de alto y se levantan sobre un podio o basamento común de tres metros y cincuenta centímetros de alto, al que se accede por una escalinata. Se ignora a qué divinidad estaba dedicado.

Muy semejante es el llamado de Diana, en Mérida, del que se conservan grandes restos, que el hecho de estar materialmente embebidos dentro del Palacio de los Corbos hace menos visibles, pero que el día que se liberen de su envoltura del siglo xvi aparecerán en toda su belleza. Sus columnas son igualmente de granito y estriadas; debían estar revestidas de estucos y miden cerca de ocho metros de altas; sus capiteles, muy destruídos, eran corintios y su planta, formada por un basamento de sillería, mide veintiún metros cincuenta centímetros por quince metros cincuenta centímetros. Es un edificio que pudiéramos llamar gemelo del de Evora, seguramente de la misma época, el siglo II de nuestra Era.

Restos mucho menos considerables quedan de un templo en Barcelona, repartidos además entre el lugar donde se elevaba (tres columnas con sus bases y capiteles en el interior del edificio ocupado por el «Centre Ex-

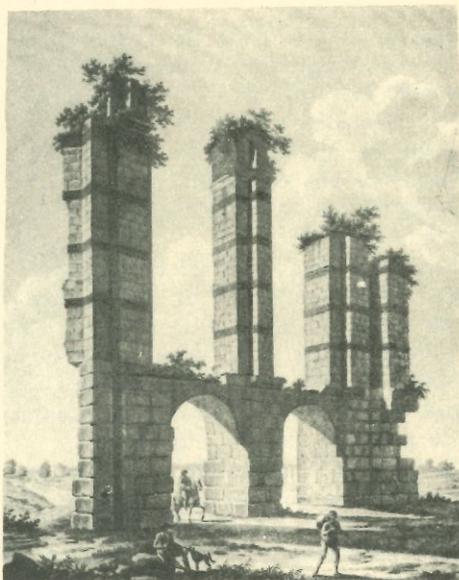
ursionista de Catalunya», en la calle de Paradís), la próxima plaza del Rey (una columna) y el Museo de Arqueología de la ciudad (restos del entablamento). Las columnas, de arenisca de Montjuich, como todos los edificios de piedra de la ciudad, miden, comprendidas sus bases y capiteles corintios, nueve metros de altura. Tenía seis columnas en la fachada y la *cella* estaba rodeada por una columnata igual que en los citados templos de Evora y Mérida, de los que no difería gran cosa aunque era de mayores proporciones.

Otros restos de templos dignos de ser citados son los de uno dedicado a Marte, en Mérida, aprovechados en el pórtico que precede al edículo llamado Hornillo de Santa Eulalia; los restos de un Capitolio (templo triple dedicado a Júpiter, Juno y Minerva), muy humilde, en *Baelo*; el templo rústico de *Ausa* (Vich), del que se conserva íntegramente la *cella*; las ruinas degradadas de los templos helenísticos de Emporion; las de un pequeño templo en la acrópolis de Sagunto, etc.

Pero de los más grandes y suntuosos templos hispanos no se conservan más que restos guardados en los museos. No hay duda que entre ellos figuraban en lugar preeminente los dos de Tarragona, consagrados a Augusto y a Júpiter Ammón respectivamente. Del primero, con ocho columnas en la fachada, con doble pórtico (*octástilo* y *diptero*), tenemos la imagen conservada en monedas tarraconenses, y restos suntuosos de sus columnas y capiteles de mármol blanco; estaba situado probablemente al Sur de la actual catedral y acaso fué el más grandioso y lujoso de toda la Hispania. El de Júpiter, igualmente de mármol blanco, adornado de bellos *clypei*, o sea grandes medallones circulares en los que estaba esculpida la imagen de la cabeza del dios, ocupaba parte del solar de la catedral. Comparable a ellos en riqueza debió ser un templo dedicado al mismo Júpiter Ammón, que se elevaba en Mérida, del que se conoce el lugar probable de emplazamiento y restos de sus frisos y de los magníficos *clypei* que lo adornaban, semejantes a los de Tarragona, todo ello labrado asimismo en mármol blanco. Pero, como hemos dicho, los escasos restos que se han conservado de estos templos han de ser contemplados en los Museos de las respectivas ciudades. Además del de Júpiter, hay en Tarragona, incrustadas algunas esculturas en los claustros de la catedral.

MONUMENTOS CONMEMORATIVOS

Los romanos eran muy aficionados a conmemorar los hechos y los hombres de una manera perdurable mediante la erección de monumentos más o menos grandiosos. Los foros de las ciudades estaban poblados de ellos, ya fuesen estatuas, ya simples cipos de piedra con inscripciones, ya placas de mármol o de bronce inscritas, sujetas a los muros. Era muy frecuente que en tales monumentos, más que hechos gloriosos, se conmemorase con palabras —a las que afortunadamente la noble construcción de la lengua latina hacía sobrias, aunque fuesen inspiradas por la adulación



Los restos del acueducto de San Lázaro, en Mérida, según un dibujo de Laborde.

o la vanidad— a hombres poderosos que habían beneficiado o se esperaba beneficiasen a la ciudad o a las personas que los erigían. La mayoría de estos monumentos no pertenecen propiamente al ciclo arquitectónico al cual hemos limitado nuestro estudio; dentro de él caen, entre los conservados, únicamente los llamados arcos de triunfo. Por desgracia los foros, donde, como en Roma, debían levantarse la mayoría de los que existiesen, no han podido ser estudiados, por lo cual el número de los que se conservan, más o menos degradados, es muy escaso.

El mejor monumento de esta clase existente en España no cabe duda de que es el severo y bello arco de Bará, por debajo del cual pasaba la Vía Augusta o Herculea, erigido al parecer en el límite de dos tribus ibéricas como hoy lo es de las diócesis de Barcelona y Tarragona, y dedicado al célebre consul Lucio Licinio Sura, el gran amigo y colaborador del emperador Trajano. Nada más sobrio que este arco con sus dos pilastras corintias acanaladas aparentando sostener la sencilla cornisa, pero ningún monumento de tan justas y armoniosas proporciones, incluso en su estado actual en el que debe faltarle el coronamiento, con sus doce metros y treinta centímetros de alto por doce metros de ancho, midiendo el arco propiamente dicho diez metros y quince centímetros de altura por cuatro metros ochenta y ocho centímetros de ancho, con los sillares bellamente dorados por los siglos. En 1937, con muy buen acuerdo, se aisló el monumento desviando la carretera a ambos lados, con lo que no sólo se le dió

mayor realce, sino que se evitó el peligro de que pudiese un día ser mal-trecho por los mastodontes de la ruta, al paso de los cuales apenas bastaba la citada anchura.

De interés muy inferior es el arco de Cabanes (provincia de Castellón) sobre la misma vía, que conserva únicamente escasos restos. El de Medinaceli (Soria) es de tres arcadas; la central, para el paso de los vehículos y las laterales para el de los peatones. En realidad, es una puerta perteneciente a la ciudad, pero está sumamente degradado y sus proporciones resultan menos acertadas. Interesante es el de *Capera*, único monumento que se halla en pie de esta antigua ciudad (despoblado de Caparra, municipio de la Oliva, provincia de Cáceres), en el cruce de dos vías por lo cual es *quadrifrons* o sea con cuatro fachadas, formando una especie de templete cuadrado. El llamado de Trajano, en Mérida, sobre una de las vías de la ciudad, cerca del foro, debió ser de proporciones grandiosas y resulta bello e imponente a pesar de no quedar de él más que las inmensas y bien ajustadas dovelas de granito. Los situados a las entradas del puente de Martorell y en el centro del de Alcántara se citarán al hablar de estos puentes.

EL ABASTECIMIENTO DE AGUAS Y LOS MONUMENTOS RELACIONADOS CON ELLA

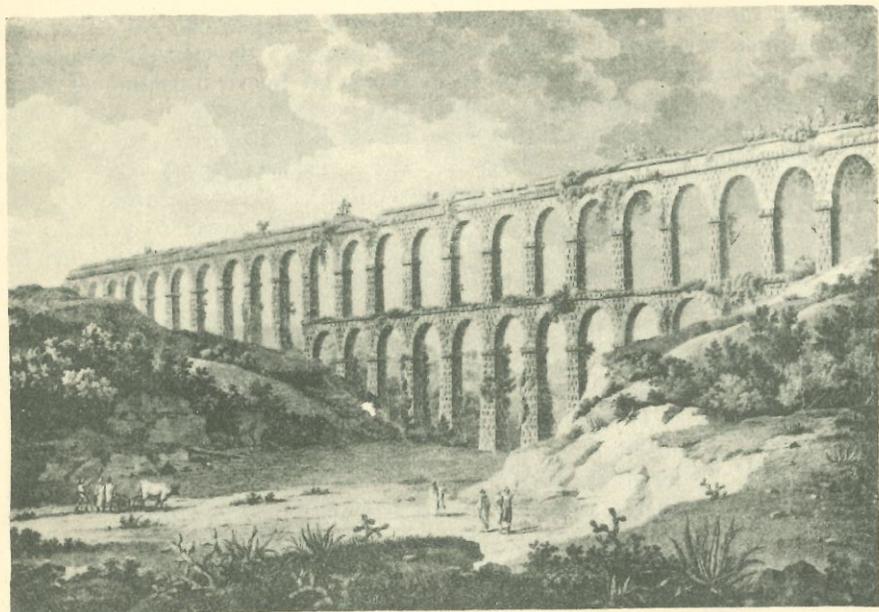
En Occidente, hasta la época romana, el hombre no había hecho casi nada para librarse, aunque fuese parcialmente, de la supeditación a la naturaleza respecto a algo tan esencial en nuestros climas, más que secos, sedientos, como es el abastecimiento de agua. Para la subsistencia, el agua es indispensable. Por ello, los lugares prehistóricos de habitación, lo mismo los correspondientes a las tribus cazadoras del paleolítico que a los grupos ganaderos y agricultores del neolítico y edades posteriores, se emplazan en la proximidad de cursos de agua o de manantiales. Durante los tiempos de inseguridad que preceden o acompañan a la conquista romana, en los que es frecuente que las gentes establezcan sus moradas en lugares fácilmente defendibles, emplazados predominantemente en alturas, el aprovisionamiento de agua se hace difícil, ya que tales lugares suelen distar de los puntos de aguada. Para paliar esta dificultad se idea recoger el agua pluvial en recipientes labrados en la roca o sea en cisternas, o en balsas abiertas en terrenos poco permeables como son los arcillosos. Buenos ejemplos de estos dos procedimientos podemos hallarlos en múltiples poblados ibéricos, como verbigracia del primero en el de Meca (término de Alpera, Albacete), del segundo en el de Sant Antoni de Calaceit (término de Calaceit, provincia de Teruel, en la zona del Bajo Aragón, donde se habla catalán). Dentro del famoso recinto de Olérdola (término de Canyelles, Barcelona) tenemos un enorme depósito labrado en la roca y fuera de él, pero en su inmediata proximidad, gran número de cisternas ovoides. Otro depósito considerable es el que existe a la entrada de la acrópolis

de Azaila (Teruel). Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito. De todas maneras no está de más recordar que la colonia griega y la ciudad romana de Emporion no se abastecía de otra forma. En poblados pequeños, o situados en condiciones de terreno desfavorable, la aguada había que hacerla a mano, a lomo de caballerías, o en carros, desde el curso de agua o manantial más próximo, trabajo penoso y que además hacía precarios todos los sistemas de defensa, desde el momento en que el posible asediador podía cortar fácilmente este suministro indispensable.

Los romanos, grandes consumidores de agua, como gentes aficionadas a los baños, implantaron en Occidente métodos desde hacía largo tiempo en uso en Oriente. Esencialmente, consistían en traer el agua canalizada desde los puntos de origen hasta los de consumo. A veces, en aquéllos o éstos se creaban grandes depósitos para regularizar el suministro. Tales trabajos dieron origen a obras de ingeniería grandiosas en las que admira, incluso a los técnicos modernos, lo bien estudiado de los proyectos y la precisión de la ejecución. Se conocía el principio del sifón, que es el que hoy se utiliza para salvar las depresiones que pueden ofrecerse en el curso de una tubería, pero no resultaba aplicable más que en contados casos, por falta de materiales capaces de resistir las grandes presiones que es preciso prever. De ahí el uso de grandes puentes que salvaban los barrancos y por encima de los cuales discurrían los canales, es decir, de los famosos *acueductos*, que vienen a ser uno de los elementos más típicos del paisaje arqueológico romano. La mayoría de las ciudades romanas se abastecían con canalizaciones en las que había obras de este género, sin que ello quiera decir que no se aprovechase el agua de lluvia, por medio de bien acondicionadas cisternas, como la grandiosa de la acrópolis de Sagunto, pozos, minas o aljibes en comunicación subalvea con un río, como el de la Alcazaba de Mérida.

En España existen algunos acueductos magníficos. El más conocido y de mayor monumentalidad es el de Segovia, que puede parangonarse, acaso con ventaja, con los mejores del mundo romano. Y lo notable es que obra tan grandiosa fué elevada para abastecer una ciudad pequeña, trayendo a ellas las aguas de los manantiales de la sierra de Fuenfría, a dieciséis kilómetros de distancia. La zona de arquerías tiene setecientos veintiocho metros de longitud, formando un ángulo obtuso; es de sillería de granito puesta en seco, y tiene dos órdenes de arcos, los más bajos en número de cuarenta y cuatro y los más altos en número de ciento diecinueve, y con ellos salva el valle ocupado hoy día por el humilde barrio segoviano del Zoco Chico, que tiene una profundidad máxima de veintiocho metros noventa centímetros. En su parte central existía una inscripción en letras de bronce que ha desaparecido, sin que sea posible restituirla a base de los agujeros dejados por los clavos que sujetaban las letras, inscripción que nos habría dado la fecha de esta obra grandiosa que, de todas maneras, se supone sea del tiempo de Augusto.

En Tarragona se conserva otro acueducto, el llamado «Pont del Diable»



Tarragona. Acueducto romano. Laborde.

o de «les Farreres». El canal deriva del río Gayá, a unos veinticinco kilómetros de la ciudad, y en su parte ya próxima a ésta, para salvar el pequeño valle que del acueducto ha recibido el nombre de valle del Mas dels Arcs, tiene una porción de arquería de ciento sesenta y cinco metros de longitud por veinticinco de alto en la parte central, con dos órdenes de arcos, el inferior comprende once y el superior veinticinco. Está hecho de sillería puesta en seco. Se lo juzga obra del siglo I después de J. C.

Después de los citados, los más notables acueductos de España son los que se construyeron para el abastecimiento de Mérida. Esta ciudad, como es sabido, está asentada junto a un gran río, el antiguo Anas, pero el nivel de sus aguas no es lo suficientemente elevado para utilizarlas. Se prescindió del río y se recogió en minado las aguas subterráneas de una zona hídricamente rica, la llamada de «Las Tomas», a unos cuatro kilómetros al norte de la ciudad; y en otros dos puntos, Cornalbo y la Sierra de Carrija, se crearon vastos embalses a los que afluyen las aguas de pequeñas cuencas, aumentadas artificialmente por medio de todo un complicado sistema de muros y canales secundarios de desviación y afluencia de diversas ramblas. De estos embalses, que son también obras dignas de ser visitadas, salían sendos canales en dirección a la ciudad; el curso del procedente de Cornalbo es casi totalmente subterráneo; el que viene de Carrija, después de describir numerosísimos meandros y cruzar con arquerías (destruidas)

diversas vaguadas, se encuentra frente al valle del pequeño río Albarregas, que salvaba por medio de una imponente arquería de más de ochocientos metros de longitud y veinticinco de elevación en la parte central, el llamado acueducto de los Milagros, nombre que procede de su aparente falta de estabilidad (especialmente de algunos de sus pilares semidestruídos) y del que, desgraciadamente, sólo se conserva una pequeña parte; cerca de cuarenta pilares, parte de ellos enlazados con arcos. El precedente de «Las Tomas» ha de atravesar el mismo valle, cosa de un kilómetro y medio más arriba del anterior, y lo hacía por medio de otro acueducto, el de San Lázaro (del nombre de una ermita próxima recientemente derribada), que debía ser más largo y alto todavía, pero del que, como botón de muestra de su magnificencia, sólo se conserva parte de tres pilares. En este lugar es notable el contraste entre la magnífica obra romana y un grosero acueducto del siglo xvii que vino a sustituirla y del que se mantiene en pie la mayor parte del trazado. Los acueductos de Mérida tienen una marcada personalidad producida por la alternancia en su fábrica de cinco hiladas de granito con otras tantas de ladrillo; los arcos (en los Milagros hay tres órdenes de ellos) son también en su mayoría de ladrillo. Estos acueductos, a lo menos en un primer trazado, han de ser contemporáneos de la fundación de la Colonia a finales del siglo i antes de J. C., pues ésta, erigida con magnificencia, debió dotarse abundantemente de agua desde el primer momento.

Otros muchos acueductos hay en España de los que han subsistido restos menos monumentales, pues todo el país está lleno de obras hidráulicas romanas que requerían puentes de esta clase. No queremos, con todo, dejar de citar el de Sádaba (provincia de Zaragoza) del que subsisten nada menos que doscientos veintiún pilares, bastante derruidos por desgracia, ninguno de los cuales llega a estar enlazado a sus vecinos por medio de arcos, pero que debía ser de enormes proporciones. De otros, entre ellos uno de los que abastecían Barcino, sólo se ha conservado la noticia de su existencia en documentos antiguos y en algún toponímico, como el nombre de la calle «dels Arcs», en el casco antiguo de la ciudad.

El procedimiento descrito permitía que, una vez canalizadas las aguas hasta las ciudades, se distribuyeran por ellas profusamente. Las fuentes públicas abundaban y las termas o establecimientos de baños, ya fuesen públicos o privados, eran grandes consumidores de aquel elemento. Las termas jugaban en la vida romana un papel de primer orden. Eran, en realidad, el equivalente de nuestros casinos y en ellas se concentraba la vida social. El baño, el complicado baño romano, semejante al oriental, con sus instalaciones múltiples, para el baño caliente y el baño frío, con sus palestras, gimnasios y hasta bibliotecas anejas, era más que nada un pretexto para alternar. Por desgracia, en Hispania apenas se conservan restos monumentales de termas. No cabe duda de que las hubo, sin llegar empero a la profusión que alcanzaron en Italia y África, pero las ruinas que de ellas perduran interesan más al arqueólogo que al viajero. Los restos que



Vista total del mosaico hallado en Gerona con la representación de unas carreras de Circo.
(Museo Arqueológico de Barcelona.)



Detalle de una cuádriga del mosaico barcelonés de las carreras de Circo.
(Museo Arqueológico de Barcelona.)

quedan en *Conimbriga* (Portugal), en Itálica y en Lugo son los más interesantes.

Hubo además otras termas, las que aprovechaban manantiales calientes medicinales, las cuales tuvieron también extraordinario desarrollo hasta el punto de poderse afirmar que no hubo lugar con aguas termales que no hubiese sido utilizado en la época romana. Por este orden: Baños de Montemayor; Alange, en la provincia de Badajoz; Caldes de Montbui, en la de Barcelona; Caldes de Malavella, en la de Gerona, y los Bañales (*Aquae Atilianae*), en Sádaba, provincia de Zaragoza, es donde se conservan más restos, aunque de todas maneras muy humildes.

LOS EDIFICIOS PARA ESPECTACULOS

PASAMOS ahora a hablar de los edificios de época romana que han dejado en España restos más grandiosos; los destinados a los espectáculos públicos: teatros, anfiteatros y circos. Toda ciudad de una cierta categoría poseía edificios de esta clase, es decir, para representaciones teatrales, luchas de gladiadores y carreras de carros o caballos, a los que estaban destinados respectivamente los tres grupos citados de construcciones. En esto, las ciudades romanas tienen su parecido con las modernas, que también han de contar con lugares capaces para contener grandes multitudes ávidas de presenciar espectáculos, distanciándose, en cambio, de las ciudades medievales, que no contaban con tales instalaciones. Las luchas del circo, y aun las del anfiteatro tenían en cierta manera carácter deportivo.

LOS TEATROS

El teatro antiguo tuvo un carácter muy diferente del nuestro, más en Roma que en Grecia. Nosotros lo calificaríamos de teatro primario, sobre todo en cuanto a la forma de representar las obras, que requería toda la buena fe de un público no viciado, con sus coturnos, sus máscaras trágicas y cómicas, sus recitaciones, sus convencionalismos escénicos. Tales representaciones, de unos carteles escasamente renovados, tenían por marco grandioso magníficos edificios de piedra, de capacidad comparativamente enorme en relación a la de nuestros teatros; en realidad, eran representaciones al aire libre, ya que simples toldos hacían el papel de techumbres. El público prefería con mucho las luchas del anfiteatro y las apasionantes competiciones del circo, que permitían el cruce de apuestas cuantiosas, pero las representaciones teatrales debían ser notablemente más económicas y esto explica la profusión de teatros en todo el mundo romano.

La Hispania no quedaba atrás en este concepto. Hay restos importantes de una veintena de ellos, y debieron haber bastantes más, cuyos vesti-



Detalle del mosaico de las termas de Barcelona con representación de un tritón o hipocampo.
(Museo Arqueológico de Barcelona.)

gios no han sido descubiertos o han desaparecido del todo. Número en último término reducido, aunque lo multipliquemos por dos o tres, en relación a la población de la Península. La mayoría están en la Bética. Pero hay que pensar que los construídos con materiales deleznable, como la madera, debían ser los más numerosos, y de éstos no pueden descubrirse vestigios sino muy excepcionalmente, y el rastrear tales restos cuando subsistan, sólo puede conseguirse en excavaciones metódicas dirigidas por arqueólogos competentes.

Arquitectónicamente, los teatros antiguos de piedra consisten en un semicírculo de graderías, en cuyo centro se reserva un espacio libre, la *orchestra*, destinado a los coros e instrumentistas; el diámetro del semicírculo está ocupado por la escena donde tiene lugar la representación. El fondo de ésta es un alto muro decorado con mayor o menor profusión de columnas y estatuas. Es frecuente aprovechar la pendiente de una colina para asentar más económica y firmemente las graderías.

Entre todos los teatros españoles la primacía indiscutible corresponde al de Mérida, por su riqueza ornamental, su capacidad para unos cinco mil quinientos espectadores, el estado de conservación con que ha llegado hasta nosotros y hasta por haber sido objeto de excavaciones y estudios más completos que ningún otro. Nos vamos a extender algo en la descripción de este monumento por ser sin disputa el más magnífico de la España romana. Asentado en el flanco de una colina, rodeado por una calle bien adoquinada, y precedido por una amplia plaza porticada, data del tiempo de la fundación



Mérida. Teatro.

de Mérida, pues una inscripción repetida dos veces contiene el nombre de Marco Agrippa, el verdadero creador de la ciudad, yerno de Augusto, y la fecha de su tercer consulado y la tercera vez que fué revestido de la potestad tribunicia, es decir, el año 24 antes de J. C., momento de la erección del monumento. Al parecer, en tiempo de Adriano, hacia el año 135 después de J. C., fué objeto de una restauración y la magnífica escena seguramente pertenece a esta época. En el siglo IV se practicó otra restauración, y se conjetura que después de su abandono como teatro se conservó durante siglos en bastante buen estado. Parece ser que, a partir del siglo XVII, empezó a utilizarse intensamente como cantera, arrancándose todo

el revestimiento de sillares de granito de la parte que no había quedado cubierta por la tierra que poco a poco, por fortuna, iba rellenando aquella hondonada. Sabemos que, a finales del siglo XVIII, lo que quedaba visible del hemiciclo servía de plaza de toros. Finalmente, la excavación casi completa se efectuó durante la segunda década del presente siglo, iniciándose una restauración, muy factible dada la cantidad de materiales descubiertos, y muy necesaria para que, como acontece en tantas ruinas, el ponerlas a la luz del día no sirviera para precipitar su destrucción. Esta restauración, después de muchos años de estar interrumpida, acaba de reanudarse a finales de 1948.

La fábrica del teatro es de hormigón revestido de grandes sillares de granito; la escena estaba recubierta de fastuosos mármoles de colores, como de mármol eran todas las columnas rematadas por capiteles corintios que la adornaban. La anchura total del hemiciclo es de ochenta y seis metros y cincuenta centímetros. El graderío, la *cavea*, está dividido en altura en tres porciones, *ima cavea*, *media cavea* y *suma cavea*, destinadas a tres categorías de espectadores y con entradas independientes. Más abajo de la *cavea* y tocando a la *orchestra*, habían tres gradas muy anchas, revestidas de mármol, donde se colocaban sillones transportables destinados a los personajes principales. Las quince puertas admirablemente distribuidas de que dispone la parte del edificio destinada a los espectadores, permitían una evacuación rapidísima del mismo. Entre las columnas de la escena, que estaban distribuidas en altura formando dos órdenes, había gran número de estatuas, unas de mármol, que han sido encontradas más o menos mutiladas, y otras que debían ser de bronce las cuales han desaparecido para siempre. Entre las primeras figuran las de Ceres, Plutón, Proserpina, torsos imperiales, otros varoniles semidesnudos, y otros femeninos. En conjunto, esta fachada de la escena, cara al graderío, debía constituir una gigantesca y fastuosa masa de mármol esculpido, sin parangón dentro de España y formando uno de los grandes monumentos del arte romano. La forma cómo ha llegado hasta nosotros, con la colocación en su sitio de los restos decorativos descubiertos, permitirá resucitar el gran monumento y tener una idea viva de lo que era un edificio de esta naturaleza.

El segundo en importancia de los teatros conocidos en España es el de Sagunto, del que puede decirse queda el inmenso esqueleto. Poco inferior al de Mérida por sus dimensiones, su graderío formaba una pendiente más rápida, en parte tallado en la roca de la colina en cuyo flanco se asienta y en parte soportado por atrevidas obras de fábrica. De la escena no queda casi nada, de manera que poco podemos conjeturar respecto de su riqueza.

Otros teatros de los que se conservan restos importantes son los de Anicipo (Ronda la Vieja), Clunia, Regina (Casas de la Reina), Osuna, etcétera. Del de Barcelona se conservan en el Museo restos de su decoración. El de Tarragona, descubierto dentro del presente siglo, y casi totalmente destruido a raíz de su descubrimiento la parte que se conservaba, era pequeño y sencillo.



Sagunto. El teatro romano al pie de la colina que ocupó la ciudad ibérica.

ANFITEATROS

Así como el teatro tiene su cuna en Grecia, las luchas de gladiadores, base de las representaciones del anfiteatro o teatro doble, la tienen en Italia; Etruria y Campania. Se trataba en esencia de luchas entre hombres armados de diferentes formas, reclutados entre los esclavos y *déclasses* de todo orden, agrupados en tropas más o menos numerosas, sometidos a una férrea disciplina y que las más de las veces encontraban la muerte en la arena. Las luchas entre fieras o entre hombres y fieras eran menos frecuentes, y el suplicio de criminales o personas perseguidas como tales (es el caso famoso de los cristianos) menos todavía, bien que el anfiteatro ha cobrado buena parte de su terrible fama de estos espectáculos excepcionales.

En la Bética, región que más intensamente asimiló la cultura romana, es donde se encuentran igualmente mayor número de edificios de esta clase, mucho menos numerosos empero que los teatros, bien que cada uno de ellos de mayor capacidad. No debían faltar tampoco los construidos con madera. Veremos que el de Emporion casi puede asimilarse a este grupo humilde. En esencia, el anfiteatro es un edificio en forma de anillo más o menos pronunciadamente elíptico, con graderío rodeando la arena; debajo de ésta solían haber grandes galerías destinadas a contener las jaulas de los animales, a *spoliarium* y depósito de cadáveres de los gladiadores muertos y otras dependencias accesorias. Las plazas de toros, por su disposición y por la naturaleza sangrienta del espectáculo que en ellas tiene lugar, son la mejor reminiscencia moderna de los anfiteatros.

Los de Itálica y Mérida tienen un gran parecido y es probable se construyesen en una época semejante, a comienzos del Imperio con refacciones posteriores. Respecto al de Mérida, hay motivos para creer que nunca fué totalmente terminado, por lo menos en la parte correspondiente a las dependencias de debajo de la arena, pero debió utilizarse en la forma en que lo

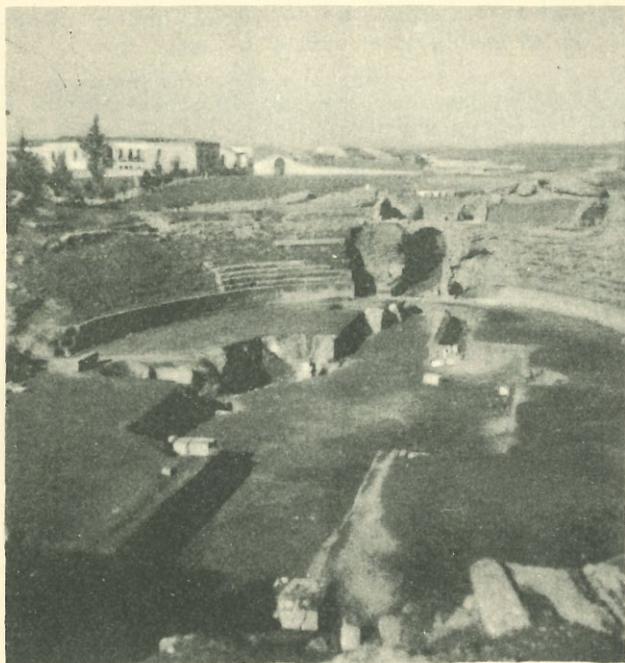
conocemos. Ni uno ni otro pudieron ser empleados como naumaquias o sea para dar en ellos espectáculos acuáticos inundando la arena, como se dijo especialmente del de Mérida antes de excavarlo. El de Itálica es el mayor y el mejor conservado de los de España; en parte está excavado en dos colinas y en parte es de fábrica de ladrillo y hormigón. Exteriormente mide ciento cincuenta y seis metros y sesenta centímetros por ciento treinta y cuatro metros y la arena, setenta y uno por cuarenta y seis metros; su capacidad era para unos veinte mil espectadores. De sus elementos decorativos nada se conserva, pero por lo general estos edificios eran más austeros que los teatros. El de Mérida, de dimensiones más reducidas (exterior: ciento veintiséis por ciento dos metros y cincuenta centímetros; arena: sesenta y cuatro metros y cincuenta centímetros por cuarenta y uno, con capacidad para unos quince mil espectadores), se levanta junto al teatro que hemos descrito, del que queda separado por una calle, y también se aprovechó un desnivel natural para emplazarlo. Si la parte baja se conserva relativamente bien, la parte alta debió ser destruida por voladura, ya en la Edad Moderna, pues sólo con el empleo de la pólvora pueden voltearse en la forma en que lo están sus enormes bloques de hormigón. No está totalmente excavado y resulta un edificio grandioso pero pobre comparado con el vecino teatro. Restos de inscripciones delatan que fué edificado hacia el año 8 antes de J. C., o sea, bajo el imperio de Augusto, y por lo tanto es otra de las grandes obras con que, desde un principio, se dotó a la colonia de los veteranos eméritos de las guerras cantábricas.

El anfiteatro de Tarragona es casi igual en dimensiones al de Mérida, pues sus ejes miden ciento treinta por ciento dos metros. También se aprovechó una colina para construirlo, quedando emplazado entre la acrópolis tarraconense y el mar. Quedan restos del graderío, bien que escasos, y de las grandes bóvedas que sostenían la parte que no se apoyaba sobre el terreno.

No por su importancia monumental, que es nula, sino por el interés que ofrece por su carácter especial, hemos de citar el de Emporion, descubierto hace pocos años. Está emplazado en terreno llano, al pie de la muralla sur de la ciudad romana, seguramente ya inservible en el momento en que se construyó. Es pequeño (ochenta y nueve metros de eje mayor por cincuenta y siete de eje menor), hecho de mala y liviana fábrica de mampostería, destinada a sostener graderío de madera, ejemplo de humilde anfiteatro de una ciudad pequeña, de los que debía haber muchos en el mundo romano.

LOS CIRCOS

Son los más grandiosos, pero también los edificios para espectáculos del mundo romano que se hallan en menos número; sólo las ciudades más importantes se podían permitir el lujo de poseer uno de estos grandes cosas para carreras de carros. Consistían en un rectángulo alargado con graderío



Mérida. Anfiteatro.

sobre bóvedas; en uno de sus extremos, terminado en semicírculo, había la puerta triunfal, por la que salían los vencedores, y en el otro, en arco de círculo muy abierto y descentrado ligeramente en relación al eje del edificio, había las cuadras (*carceres*) y la *porta pompae*, por donde salía el cortejo para desfilar antes de empezar los juegos. La arena estaba dividida por un podio central, la *spina*, también levemente desviada del eje para facilitar las vueltas de los carros; en sus extremos se hallaban las metas y entre ellas profusión de edículos, columnas y estatuas, entre los que figuraba uno destinado a las *ovae* de piedra que se quitaban a cada vuelta y servían de marcador. Varios mosaicos y relieves representan escenas de circo y junto con las noticias de los textos permiten completar su estudio, ya que los monumentos conservados están en muy mal estado. Precisamente dos de las más interesantes representaciones de esta clase, dos mosaicos, se han encontrado en Barcelona y cerca de Gerona, y se guardan en el Museo de Arqueología de la primera de estas ciudades.

Los circos de los que se conservan restos seguros en España son únicamente cinco, emplazados en Mérida, Toledo, Calahorra, Sagunto y Tarragona. El más visible es el de Mérida, extramuros de la ciudad y mide cuatrocientos veintitrés metros de largo por ciento cuatro metros y cincuenta

centímetros de ancho y era capaz para unos treinta mil espectadores. Después de la excavación, es visible de él todo el perímetro con gradería baja y la *spina*, reducida empero al basamento del podio, sin que se haya descubierto resto alguno de su ornamentación. Del de Tarragona, situado dividiendo la acrópolis de la ciudad baja y al pie del foro y del pretorio, no hay nada externamente visible, por quedar sus restos debajo de casas modernas, pero se conservan largas bóvedas destinadas a sostener las graderías y es probable que una excavación del lugar, muy difícil de llevar a cabo por las expropiaciones a que obligaría, sacase a la luz del día gran parte del monumento. La plaza de la «Font», con su forma alargada, ocupa parte de lo que fué la arena y es todavía un recuerdo de aquel monumento, que mediría trescientos sesenta metros de longitud por ciento diez de anchura. El de Sagunto, emplazado en la parte baja y disimulado entre edificaciones posteriores, era más pequeño. No así el de Toledo, casi tan grande como el de Mérida, pero muy enterrado.

A estos lugares para espectáculos, durante las cortas temporadas en que éstos debían tener lugar, debían afluir grandes masas de rurales, habitantes de los *pagi*, *vici* y *villae*, ya que los urbanos nunca habrían bastado para llenar los enormes edificios. La comparación con las actuales corridas de feria viene en seguida a la mente.

LAS CASAS EN LAS CIUDADES Y EN EL CAMPO

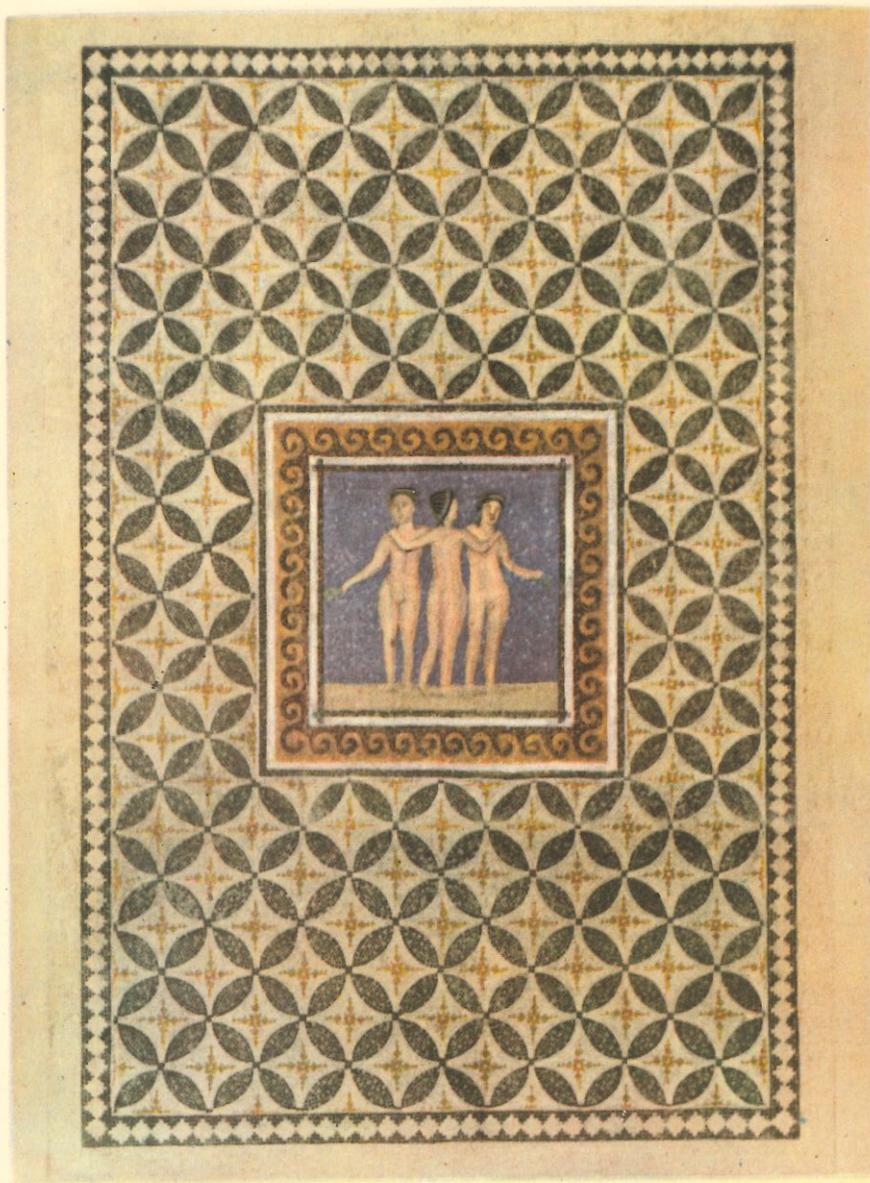
SI este trabajo fuese un resumen de carácter arqueológico, el presente epígrafe sería de los más extensos, ya que la documentación que se posee sobre el particular, con ser fragmentaria, es vastísima; pero como nuestra finalidad es ceñirnos a los restos antiguos que tienen, a pesar de su ruina, carácter monumental, unas pocas páginas, casi negativas, serán suficientes para tratar el tema. En las ciudades, se han excavado reducidas áreas de casas y en general los investigadores han preferido emplearse en la tarea más fácil y más remuneradora por su brillantez, de limpiar los grandes edificios públicos que afloran claramente. En el campo se ha trabajado con más provecho, pero, como quiera que raramente detrás del excavador ha venido el restaurador, o mejor dicho los arqueólogos, a quienes competen por igual y exclusivamente ambas misiones, han agotado los fondos misérrimos de que suele disponerse en la excavación, siempre fragmentaria, nada les ha quedado para la restauración. Las ruinas, guardadas con cierta integridad por la tierra, se han degradado y destruído rápidamente al no quedar cubiertas con su manto protector.

LAS CASAS URBANAS

Restos de casas ciudadanas que ofrezcan un cierto interés al viajero culto se pueden visitar muy pocas en España. En Mérida, casi los únicos,



Emporium. Mosaico con representación de peces. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)



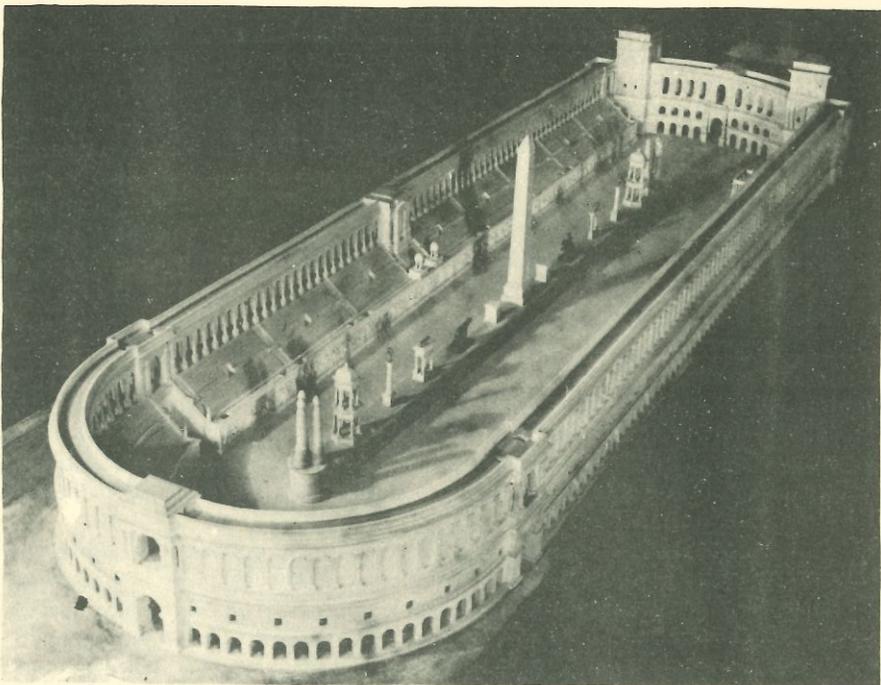
Mosaico de las Tres Gracias. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

son los de una casa de cierto lujo, situada cerca del teatro romano, al suroeste del mismo, descubierta con motivo de la excavación de aquél y que esta feliz proximidad ha salvado de la destrucción. Se trata de una casa con un atrio central, cuyas galerías están pavimentadas con mosaicos geométricos de colores. En este atrio, y frente por frente al corredor que lleva a la calle, se abre el *tablinum* o salón principal, también con piso de mosaico y con pinturas al fresco en las paredes y rematado al fondo en semicírculo o ábside. En torno al atrio se abren otras dependencias. Es un ejemplo muy típico de casa romana. Se ha formulado la hipótesis, escasamente fundada, de que se utilizó como basilica cristiana. Trabajos muy recientes han demostrado que fué construída sobre otra casa más antigua de la que se han descubierto restos.

En la misma Mérida, hace poco, en 1947, se ha iniciado la excavación de otra casa, situada a espaldas del anfiteatro, también con atrio central, con galerías pavimentadas de mosaico policromo, pero más extensa y rica, mereciendo aquél el nombre de peristilo. Si se consigue excavarla totalmente y preservarla de la destrucción, se dotará a la vieja ciudad extremeña de otro monumento de gran interés.

En Clunia se ha excavado una vasta casa que merece el nombre de palacio. Ocupa un rectángulo de sesenta y seis por cincuenta y cinco metros, en el que se encuentran unas ochenta cámaras. Hacia el centro hay cuatro patios reducidos, formando como los cuatro brazos de una cruz y, ocupando la parte central, un salón. Hay una extensa dependencia con muchas habitaciones y un peristilo que parece destinado a habitación para las mujeres o *gynaecium*; otro conjunto más reducido y completamente independiente sería el alojamiento de los huéspedes. Muchas de las habitaciones estaban pavimentadas con mosaicos. Esta rica casa, de gran interés arqueológico, lo tiene menor turístico, ya que los mosaicos mejor conservados han sido trasladados al Museo Arqueológico de Madrid (con lo cual, por otra parte, se ha evitado que fuesen completamente destruídos) y las demás ruinas, abandonadas, van desapareciendo lentamente. En Córdoba se pueden visitar bellos restos de una casa romana en una de la calle de Fray Luis de Granada. En la Neápolis de Emporion pueden examinarse restos de varias casas helenístico-romanas muy sencillas, y en el barrio romano se está excavando una notable casa palacio con un atrio, un extenso peristilo rodeado por un criptopórtico y numerosas dependencias soladas con mosaicos muy sencillos, pero que acertadamente han sido consolidados en su lugar. Por fin, en Baelo, Baetulo (Badalona) y, sobre todo en Itálica, se han descubierto casas en el curso de excavaciones, muchas de las cuales han perecido luego al no ser debidamente consolidadas y vigiladas las ruinas, conservándose elementos de ellas, especialmente mosaicos, en los museos.

Como palacios de carácter público, es poquísimo lo que se puede mostrar al viajero; casi únicamente los restos, una de las torres laterales, del llamado Pretorio o Palacio de Augusto, en Tarragona. Debíó de ser un severo edificio rectangular de ciento sesenta por ciento treinta metros, medio



Maqueta con la representación de un circo. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

palacio, medio fortaleza, del que seguramente queda mucho dentro y debajo de las casas que han invadido su antiguo recinto, pero del que ahora sólo puede contemplarse la citada torre, llamada popularmente «de Pilatos». Como dice Schulten, «desde lo alto de esta torre, el Gobernador gozaba de una vista magnífica sobre mar y tierra y tenía la ventaja de poder observar los espectáculos del circo y anfiteatro sin molestarse en bajar a ellos». El Pretorio de Mérida, a pesar de no quedar visible de él más que el lugar de emplazamiento y los sillares que lo formaron, removidos por generaciones posteriores, ha de ser citado entre los monumentos romanos de España dignos de ser visitados. Estuvo en la parte de la ciudad que mira al Guadiana y desde él se vigilaba y dominaba admirablemente el paso del río. Debió ser aprovechado por los visigodos y luego por los árabes que emplazaron allí su alcazaba. Hoy queda su recinto —conocido popularmente con el nombre de Conventual, por haber sido lugar de residencia de los caballeros de Santiago, ocupando cerca de una hectárea, formado por una muralla de época probablemente árabe, pero hecha con sillares romanos— y el aljibe al que nos referimos en otro lugar. Excavaciones recientes han demostrado que a seis metros bajo tierra aparecen los restos romanos que con el tiempo



Barcelona. Mosaico representando unas carreras de circo. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

podrán ser exhumados. En 1948, gracias al mecenazgo de don José Fernández López se ha iniciado la restauración de este recinto además de su excavación.

En Portugal, en la antigua Conimbriga (Condeixa-a-Velha, al sur de Coimbra), se han excavado dos casas palacio, una intramuros y la otra extramuros de la ciudad, que tienen más el carácter de ricas viviendas privadas que el de residencias oficiales, y a la conservación de las ruinas de las cuales se atiende amorosamente.

LAS CASAS EN EL CAMPO

La población campesina, con mucho la más numerosa, vivía en aldeas (*vici*) o en cortijos y masadas (*villae*), ya que la seguridad de los tiempos hizo proliferar ampliamente la habitación campestre, aislada, carente de todo medio de defensa, bien innecesaria durante siglos. Al lado de las dependencias de la explotación agrícola que, como es natural, tienen escaso carácter monumental, habían otras destinadas a residencia temporal o permanente del dueño y, aun, otras exclusivamente residenciales, en las que se da ya una cierta monumentalidad. Esta es, de todas maneras, relativa, porque si en las grandes obras públicas los romanos emplearon materiales nobles, como la piedra, o por lo menos durables, como el hormigón, en las casas privadas, lo mismo urbanas que rurales, los materiales usados con más frecuencia fueron muy pobres, mala mampostería e incluso adobes o tapial, cuya pobreza se disimulaba con la pompa ficticia de los estucos de colores, a los que llegaron a ser tan aficionados los romanos que a veces recubrían con ellos el mismo granito.

Si se conservaran sus ruinas debidamente, palacios campestres como el de Cuevas de Soria, que ocupa un rectángulo de ochenta por sesenta metros,

presidido por un inmenso peristilo al que rodean vastas habitaciones soladas con mosaico, serían lugares dignos de atraer la atención del viajero; pero sus ruinas degradadas ofrecen ahora para él muy poco interés. Lo mismo puede decirse de la mayoría de las villas campestres descubiertas en España (de las cuales casi ninguna ha sido objeto de una excavación completa). Puede que constituyan excepción tres grandes villas en curso de excavación en estos momentos; una en Navarra, en Liédena, en el agreste paisaje de la Foz de Lumbier, otra en la tierra llana de Valladolid, en Almenara de Adaja, la tercera en la dehesa de La Cocosa, cerca de Badajoz, todas ellas extensas, y ricas por los pavimentos musivos que cubren el suelo de gran número de sus estancias. Un caso de conservación, en parte logrado, es el de otra villa romana más pequeña, en Tossa de Mar (provincia de Gerona) en la que se pueden contemplar algunos mosaicos bien consolidados, uno de ellos con una figura, que debe ser la imagen del dueño de la casa, acompañada de una inscripción que contiene el nombre antiguo de la localidad: TVRISSA. Otra villa interesante, en la que se han hecho algunos trabajos para conservarla, es la situada cerca de Fraga, conocida por los arqueólogos con el nombre de Villa FORTVNATVS, nombre de su propietario, reseñado en la inscripción de un mosaico; éste y otros ejemplares musivos han sido trasladados al Museo de Zaragoza, y las ruinas han sido adquiridas por el Estado con el propósito de conservarlas.

Todos estos restos y muchos otros que no citamos, nos demuestran que las casas campestres romanas eran de una riqueza y comodidad notables y que sus plantas se parecían a las de las casas urbanas, dentro de una mayor amplitud. Representan un tipo de habitación que carece de precedentes dentro de España y que ha de desaparecer en gran parte durante la Edad Media (en la época visigótica perduraron bastantes) para ser substituídas, como lugar residencial de los poderosos fuera de las ciudades, por el castillo, desconocido con esta finalidad en la época romana. Son el reflejo de dos épocas diferentes, la una de pacífico desarrollo de la vida, la otra de inseguridad y ásperas costumbres.

LAS COMUNICACIONES

PÁIS tan densamente poblado como fué Hispania (y en general todo el mundo romano) sólo puede explicarse mediante una buena red de comunicaciones y, en realidad, durante la época romana aparece por primera vez en Occidente el camino trazado intencionalmente, amillarado y objeto de una atención y conservación regulares como las vías modernas. Con anterioridad hubo la senda, trazada y mantenida por el mismo uso que de ella se hacía. Pero el extremo fraccionamiento del país en multitud de tribus, que tampoco representaban unidades políticas sólidas (la verdadera unidad



Detalle del mosaico de Gerona con una cuádriga en unas carreras de Circo.
(Museo Arqueológico de Barcelona.)

era el poblado, es decir la aldea) hacía muy difícil idear, trazar y conservar verdaderas vías de interés general. Estas fueron compañeras indispensables de la ocupación militar y las más antiguas debieron ser obra directa de las legiones. Sabemos que la vía que desde la Hispania llevaba a Italia por el paso del Pertús, estaba ya amillarada por lo menos desde finales del siglo II antes de J. C. Pero Augusto fué el primer sistematizador de los caminos en este lejano Occidente y, en su época, es decir, a comienzos de la Era Cristiana, existían ya en la Hispania más de dos mil kilómetros de buenas carreteras, que tenían una disposición muy diferente de las actuales, ya que no se distribuían radialmente desde el centro, sino que más bien unían entre sí las diferentes zonas periféricas evitando en lo posible la subida, cruce y descenso de la Meseta. Así, por ejemplo, una de las más importantes era la llamada Vía de la Plata, que iba desde los confines de Asturias hasta Andalucía, pasando por Extremadura, recorrido que ahora, lo mismo por carretera que por ferrocarril, sólo puede efectuarse mediante un sinuoso trazado, en el que hay que utilizar trozos de gran número de vías diferentes. Unos documentos que reflejan el estado de cosas de finales del Imperio, los llamados Itinerarios Antoninos, enumeran carreteras sumando más de diez mil kilómetros de longitud, y seguramente no hay en ellos consignadas todas las existentes.

Las vías, por su misma naturaleza, a pesar de sus enlosados y sus múltiples capas de firme, tienen poca monumentalidad, pero la adquieren máxima por las obras de fábrica que llevan anejas al cruzar los ríos, es decir, por sus puentes. En España se han conservado algunos de los mejores de la antigüedad y gran número de los existentes en las vías tradicionales de nuestro país tienen cimentaciones romanas o por lo menos son sucesores de puentes romanos. La mejor prueba de la solidez de estas obras la tenemos en el hecho de que existen varias construídas en aquella época que, salvo las naturales reparaciones, siguen en uso actualmente; si no son más nu-

merosos los que están en este caso es debido a destrucciones premeditadas de los hombres durante las guerras infinitas que han assolado el país, en el curso de las cuales han sido cortados para evitar o dificultar el paso y avance de ejércitos enemigos.

Dos son las obras cumbres de este ramo de la ingeniería romana conservadas en España, las dos en Extremadura, notables por dos conceptos diferentes: la una por su longitud, la otra por su elevación. Es la primera el gran puente sobre el Guadiana, en Mérida, y la segunda el maravilloso puente sobre el Tajo cerca de Alcántara, en la provincia de Cáceres. El puente de Mérida salva un río de enorme anchura, de cauce poco profundo pero de avenidas violentas; lo hace mediante sesenta arcos de medio punto que cubren su longitud de setecientos noventa y dos metros; tiene siete metros y noventa centímetros de anchura, lo que permite el cruce cómodo de dos vehículos y su altura se acerca a los doce metros; está construido todo él de sillería de granito almohadillada y en su trazado hay dos descendedores en forma de rampa que permiten bajar a la isleta que normalmente queda en el centro del río y en la que subsisten restos de muelles de época romana, pues en aquel entonces la corriente era aprovechada para el tráfico de barcas. Las numerosas reparaciones que debe haber sufrido el puente en el transcurso de los veinte siglos que lleva de existencia, una de ellas en tiempo del rey visigodo Ervigio, en el año 686, acreditada por una lápida de la que se conserva únicamente una copia, no han desfigurado en nada la fábrica de la grandiosa obra, que debe datar del tiempo de la fundación de la Colonia Augusta Emérita, poco antes del comienzo de la Era.

El puente que por redundancia se llama de Alcántara, pues esta voz, en árabe, significa puente, en la vía de *Norba Caesarina* (Cáceres) a *Conimbriga* (Condeixa-a-Velha), ha sido calificado por Mérida de «el monumento romano más importante de España», y verdaderamente resulta un admirable exponente de la fuerza de aquel pueblo que encontró la plasmación de su genio y de su originalidad en las obras de carácter utilitario más que en las de carácter propiamente artístico. En el punto donde, mediante este puente, la vía pasa del Sur al Norte del Tajo, no hay resto de población romana ni de ninguna época, y en los datos sacados de inscripciones, itinerarios y textos históricos tampoco se menciona centro de población alguna en este lugar; se trata de un áspero desfiladero en el que el río va encajonado entre estériles pendientes. El punto de cruce fué perfectamente estudiado, buscando un lugar en el que si bien la profundidad de las aguas es mayor, la corriente forma un recodo que le quita velocidad y por lo tanto fuerza. El desnivel a salvar y por lo tanto la altura del puente es de unos cincuenta metros, es decir, la de una casa de trece o catorce pisos (1), pero logrando esta altura se ponía al puente a salvo de las mayores crecidas que pueda experimentar el río, a pesar de ser éstas tan violentas como las

(1) El edificio de la Telefónica en Madrid tiene 89 metros de alto y la atalaya del Tibidabo en Barcelona, 50.



Mosaico representando a Marte y la ninfa. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

de todos los cursos de agua hispanos cuyo carácter torrencial es bien conocido. Con seis arcos solamente, salva los ciento noventa y cuatro metros que separan los dos puntos de arranque situados en las laderas del barranco. Los dos centrales, que puede decirse son los únicos por debajo de los cuales pasa el agua, tienen veintisiete metros y treinta y cinco centímetros y veintiocho metros y sesenta centímetros de luz; los dos siguientes veinticuatro metros y los dos de los extremos dieciocho metros y cincuenta centímetros. En el centro mismo del puente sobre la pilastra que se alza en medio de la corriente, se levantó un sencillo arco conmemorativo de cinco metros noventa centímetros de luz en el que había en tableros de mármol la dedicación al emperador Trajano, correspondiendo al año 105-106 de nuestra Era, y los nombres de los municipios lusitanos que sufragaron la obra. Cerca del extremo izquierdo del puente se levanta un pequeño templo cuya inscripción contiene una indicación preciosa, el nombre del arquitecto que ejecutó este puente grandioso, Cayus Iulius Lacer, del que no poseemos otra noticia ni sabemos si era o no hispánico, pero que es merecedor de la inmortalidad. Toda la fábrica es de sillería granítica almohadillada, sentada en seco, el perfil es perfectamente horizontal, la anchura es de ocho metros y los pilares centrales forman una masa imponente de veinticinco metros de largo por nueve de ancho, incluidos los tajamares que se oponen a la corriente. Un estudio de este puente, hecho desde el punto de vista técnico con el cálculo matemático de sus elementos y el examen de los procedimientos que se pudieron emplear para asentar sus pilares en la corriente, careciendo de máquinas neumáticas y demás auxiliares de la técnica moderna, está por hacer y sería sumamente interesante. Es curioso mencionar un episodio de la historia de este puente. Alfonso V de Portugal invadía las tierras castellanas en 1475, durante las luchas por la sucesión de Enrique IV de Castilla, y los castellanos, pensaron hundirlo para dificultar el avance de los portugueses; enterado el monarca portugués de estos propósitos, mandó decir al jefe de sus contrincantes que

«no quería el Reino de Castilla con aquel edificio menos» y que para no dar lugar a su destrucción no lo utilizaría para cruzar el río, salvándose en aquella ocasión la magnífica obra por tan noble proceder.

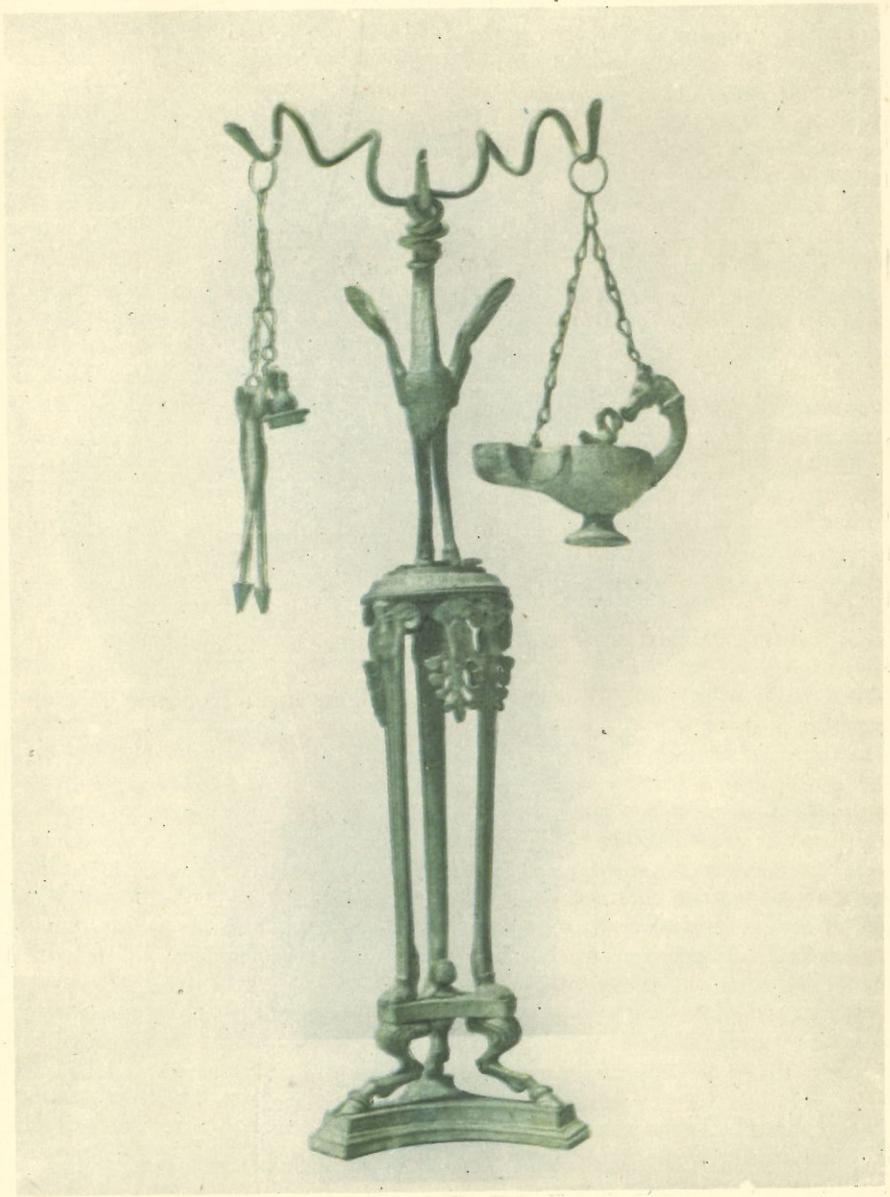
Un puente del que apenas se distinguen bajo las aguas las cimentaciones de los pilares, pero cuya historia está ennoblecida por haberlo nombrado en sus obras César y Lucano, es el de Lérida, tantas veces destruido y reedificado aproximadamente en el mismo sitio. El que formando parte de la Vía Hercúlea o Augusta cruzaba el Llobregat en Martorell debía de ser monumental a juzgar por la existencia de arcos conmemorativos u honoríficos en sus dos entradas; del puente propiamente dicho nada resta hace siglos, pues el destruido en 1936 era medieval, aun cuando queda el esqueleto de uno de aquellos arcos, el de la orilla izquierda, de hormigón con revestimiento de sillares, la mayor parte de los cuales han desaparecido. Otros puentes dignos de mención son: el de Salamanca, sobre el Tormes, en el que se conservan quince arcos de época romana; el de Alconetar, en la confluencia del Tajo y del Almonte (provincia de Cáceres), que debió tener unos dieciocho arcos y cerca de doscientos metros de longitud, pero del que quedan apenas cuatro arcos; el de Mérida sobre el Albarregas, con seis arcos antiguos en su totalidad y que sigue utilizándose en la carretera de Mérida a Cáceres, y en Portugal, el de Chaves, sobre el Tamega, con diez arcos, del tiempo de Vespasiano. El de Córdoba, sobre el Guadalquivir, y el llamado de Las Palmas, en Badajoz, sobre el Guadiana, tienen de romanos únicamente las cimentaciones, pero debieron ser obras importantes por su gran longitud.

En relación con las comunicaciones están los puertos y los faros. Las costas hispanas más frecuentadas en la antigüedad, las del Mediterráneo, ofrecen muy pocos buenos puertos naturales, como, en realidad, ya lo reconocían los antiguos (Livio). En toda la tierra firme entre el Pirineo y el estrecho de Gibraltar, no hay más que uno, el de Cartagena, mientras, por el contrario, en las Baleares los hay magníficos (los de Mahón y Fornells, en Menorca y el de Cabrera, en la minúscula isla de este nombre son grandiosos y pueden albergar flotas enteras), por lo que hubo que crearlos artificialmente. Pero los restos que quedan de ellos en Sagunto y Málaga no tienen monumentalidad y acaso sólo el fragmento de rompeolas de Emporion, de época griega, con refacciones romanas, merece una visita. Su núcleo es de hormigón y su revestimiento es de enormes sillares. Del puerto antiguo de Barcelona, situado en el lado opuesto de la montaña de Montjuich a aquel donde está la ciudad, no se conoce nada, bien que recientemente, en 1946, se han identificado y excavado depósitos en forma de enormes silos, que debieron servir para almacenar grano en un puerto ibérico situado allí mismo.

De puertos fluviales se han conservado vestigios en el Guadiana y el Guadalquivir; los del primero ya los hemos mencionado al hablar del puente de Mérida, y son los únicos que tienen una cierta monumentalidad, con un dique de cerca de medio kilómetro de longitud, en gran parte cubierto



Emporium. Cabeza femenina de bronce. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)



Lampodario de bronce. (*Museo Arqueológico de Barcelona.*)

por los aluviones del río y, que es curioso observar, está emplazado aguas arriba del puente; a lo menos la parte de que quedan vestigios, por lo cual hay que admitir que los barcos que surcaban el río eran de muy poca altura, ya que podían cruzar por debajo de los arcos elevados de aquél.

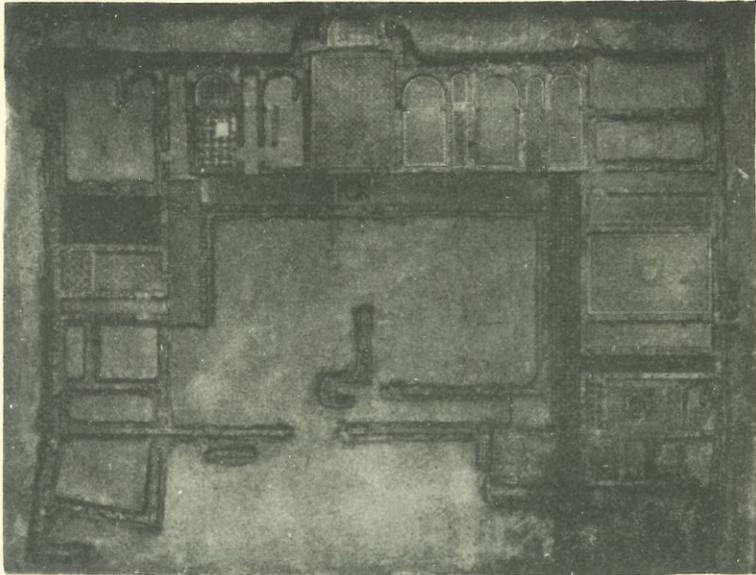
Respecto a restos de faros, sólo son famosos los de la llamada Torre de Hércules, en La Coruña, muy desfigurados por múltiples restauraciones, puesto que aquel edificio nunca ha dejado de ser un faro, función que sigue desempeñando actualmente.

LOS MONUMENTOS FUNERARIOS

Las sepulturas tienen en todas las civilizaciones un interés arqueológico extraordinario; de ellas han salido los más bellos hallazgos de vidrios, cerámicas, joyas, marfiles, etc., que llenan las vitrinas de los Museos, pero, a veces, la parte arquitectónica monumental es tan interesante como las ofrendas en ellas depositadas. Basta evocar las pirámides de Egipto para comprenderlo así. En la civilización greco-romana no se dió a la muerte y al culto de los difuntos una importancia tan grande como en la egipcia, pero con todo la tuvo de primer orden, superior a la que alcanzó en la cultura cristiana posterior, y mucho más grande que la que se le concede en nuestra vida moderna, en la que se procura alejar todo lo posible la idea de la muerte y el recuerdo de los que han abandonado esta vida.

No hemos de ocuparnos aquí de las ofrendas funerarias, que forman la mayor parte de lo que en términos arqueológicos se llama el «ajuar de las sepulturas», sino únicamente de la parte arquitectónica de éstas, debiendo observar con todo que las tumbas arquitectónicamente más ricas son las que menos hallazgos han proporcionado, a pesar de que debieron ser las que contenían más bellos ejemplares de las artes suntuarias, debido a que, al destacar de manera manifiesta, han sido violadas, precisamente en busca de aquellas riquezas, desde fecha muy antigua, mientras que las tumbas menos ostentosas han permanecido más fácilmente ocultas.

Conjuntos cementeriales de esta época que alcancen carácter monumental tenemos pocos en España. La mayoría de las tumbas, al ser excavadas, son al mismo tiempo deshechas y sólo en escasas ocasiones las podemos ver reconstruídas en los museos, al lado de los hallazgos en ellas realizados. Se conocen en cambio bastantes tumbas monumentales aisladas, que, si formaban a veces parte de necrópolis, el resto de éstas ha desaparecido. Lo común es que los cementerios se estableciesen a lo largo o junto a los caminos que aflúan a las ciudades, a fin de que el caminante, al pasar junto a las tumbas, sintiese avivarse en él el recuerdo de los muertos. Las casas de campo solían tener junto a ellas un pequeño cementerio, y en las ruinas de *villae* casi siempre se han encontrado tumbas y restos de inscripciones sepulcrales. Leyes romanas antiquísimas, las célebres de las XII tablas,



Planta de la villa romana de Cuevas de Soria.

prohibían enterrar dentro de las ciudades, pero su observancia no fué nunca rigurosa, por lo menos en la Hispania, acaso como reminiscencia de prácticas anteriores a la romanización. Con el advenimiento y difusión del cristianismo cayeron totalmente en desuso, originándose la costumbre, que había de perdurar durante siglos, en realidad hasta el XIX, de enterrar junto a las iglesias.

Antes de entrar en la descripción de las necrópolis y tumbas monumentales advertiremos que, entre los romanos y pueblos romanizados, coexistió el rito de la inhumación al lado del de la incineración, siendo en general éste el más antiguo, y substituyéndolo poco a poco el primero, hasta imponerse completamente con el triunfo del cristianismo. En la incineración las cenizas del difunto son guardadas en urnas de metal, barro, vidrio o piedra, que se depositan directamente en la tierra o se colocan dentro de pequeños nichos en sepulturas más o menos fastuosas. En las romanas es bastante frecuente que se coloque en la tumba una inscripción en la que, después de una invocación a los manes del difunto, se consigna el nombre de éste, el de la persona que la dedica y, a veces, otras noticias sobre aquél (edad, cargos que ha ejercido, palabras elogiosas para su memoria, etcétera). Con el cristianismo esta práctica perdura pero se rarifica.

Necrópolis que lleguen a tener en su conjunto carácter verdaderamente monumental sólo se pueden visitar dos en España: las de Carmona y Taragona. Las de Baelo y Cádiz son menos interesantes.



Emporion. Atrio de una casa romana.

La necrópolis de Carmona es de un carácter muy particular, en el que se perciben influencias indígenas y orientales (fenicias); es de fecha bastante antigua y fuera de algunas tumbas, también andaluzas, excavadas en la roca, tiene escasos paralelos dentro de España con lo que conocemos, pero su visita ofrece verdadero interés al viajero. Está situada a cosa de un kilómetro de la ciudad (antiguamente *Carmo*), junto a la vía que iba de *Astigi* (Ecija) a *Hispalis* (Sevilla), y se emplazó, en parte, dentro de una cantera ya abandonada en el siglo I antes de J. C. Ocupa cerca de un kilómetro cuadrado de superficie y en ella se han descubierto unas doscientas tumbas total o parcialmente subterráneas y cavadas en la roca, casi todas conteniendo urnas cinerarias, sin que falten las inhumaciones, que precisamente parecen ser allí las más antiguas. A base de las monedas halladas, se deduce que fué utilizada desde mediados del siglo I antes de J. C. hasta el cuarto de nuestra Era. Se descende a la mayoría de las tumbas por medio de escaleras talladas en la roca o por pozos cuadrangulares de dos o tres metros de profundidad, en los que se debían colocar escaleras de mano y que se tapaban con pesadas piedras. En las criptas subterráneas a las que se llega y que tienen techo abovedado o plano, se abren pequeños nichos que contienen las urnas cinerarias. Tales criptas, en las sepulturas sun-

tuosas, que son en bastante número, están en comunicación con dependencias diversas relacionadas con el culto de los muertos y que son las que dan interés a este conjunto, aparte del que le proporcionan las pinturas que adornan las paredes de algunas de las criptas y de tales dependencias. Así, en la llamada *tumba del banquete fúnebre*, en una pintura, se representan tres lechos con los comensales; en otra, en medio del techo, hay pintada una paloma, que aquí no es ningún símbolo cristiano; en la de *Postumius*, aves y delfines, y lleva la firma del pintor C. SILVA [nus]. Hay que pensar que en estos monumentos más ricos había una parte exterior sobresaliendo del terreno, la cual por lo general ha desaparecido. En varias de ellas se conservan los restos de un patio al aire libre, especie de atrio o peristilo, a veces con columnas, en el que se abren diversas dependencias, entre ellas la tumba propiamente dicha. Así sucede en la de *Postumius* citada, en la llamada de la *cripta con cúpula de nervios*, en la *del Elefante*, etc. Esta última, que recibió esta denominación por el hallazgo de una pequeña figura de elefante de piedra, es notable por contener nada menos que tres triclinios o comedores, con cocina aneja, destinados a las comidas fúnebres, dos situados frente a frente en el patio y otro en una cámara subterránea. En muchas, hay aras o altares para sacrificios, triclinios como los citados, lugares para las libaciones rituales, dependencias para los vasos de ofrendas, pozos, a veces muy profundos (más de veinte metros) para asegurarse agua para las diversas ceremonias; incluso en la citada *del Elefante* hay una piscina y en casi todas el *ustrinum* o lugar para la cremación del cadáver. Todo lo cual demuestra un culto muy profundo a los muertos.

En Baelo hay una necrópolis que dentro de su sencillez tiene una cierta relación con la de Carmona. En Cádiz hubo una necrópolis en la que, en lugar de hipogeos cavados en la roca, habían obras de mampostería enteradas. Cerca de Baena y Osuna se han descubierto grutas sepulcrales artificiales con pinturas en las paredes y techos.

De un carácter muy diferente es una de las necrópolis que tuvo Tarragona y que fué descubierta cerca del Francolí y del lugar por donde la vía romana cruzaba este río. Allí debió existir un vasto cementerio pagano, al que sucedió otro cristiano que utilizó para construir sus tumbas restos del anterior, pues no se explica de otra manera la crecida cantidad de inscripciones sepulcrales paganas descubiertas, más o menos mutiladas, empleadas en la erección de las sepulturas cristianas. En Tarragona, las tumbas se encuentran apretujadas en un espacio relativamente pequeño, pues, la parte excavada, más la zona destruída al edificarse allí una fábrica que había de ser de tabacos, y que al cabo de más de veinte años todavía no funciona, ocupa cosa de una hectárea, y solamente en la porción excavada se han descubierto más de un millar de tumbas. Estas están dispuestas caprichosamente, a veces se superponen unas a otras; este cementerio, como cristiano que es, se parece mucho más a los nuestros que los citados anteriormente. Se emplazó en torno a una basílica construída con materiales pobres, de la que han quedado restos escasísimos. El cementerio no tendría gran



Tossa de Mar (Gerona). Hipocausto de la villa romana de los «Ametllers».

interés para el visitante si no fuese por el hallazgo de una cripta sepulcral con arcosolios para contener sarcófagos, encontrada ya vacía y que se conserva en buen estado, restos de otras y especialmente la idea verdaderamente elogiada de conservar al aire libre parte de la excavación en unos jardines y otra, mejor preservada, en la planta inferior del Museo paleocristiano emplazado dentro del área de lo que fué cementerio. La visita a este subterráneo, después de haber podido examinar en la planta superior los hallazgos de la necrópolis, es verdaderamente evocadora. Las tumbas tarraconenses son en su mayor parte pobres, de tejas, de muretes de mam-postería, de ánforas; el hallazgo de un cierto número de sarcófagos de mármol y piedra ordinaria salva la pobreza del conjunto.

Las necrópolis de Mérida, en lo que se puede ver de ellas, tienen un carácter completamente distinto; no se conoce allí ningún cementerio compacto, tal como el citado de Tarragona, ni tampoco tumbas con caracteres tan especiales como las de Carmona. Los cementerios emeritenses ocupan un área muy grande, formando un semicírculo alrededor de la ciudad, que apoya sus dos extremos en el Guadiana. Una gran parte de ellos ha sido destruída a lo largo de los siglos, o por las edificaciones modernas (estación del ferrocarril, cuartel de artillería, silos del Servicio Nacional del Trigo, etc.), y otra está aún por excavar, pero, en general, no proporcionan más que tumbas de construcción humilde, aunque a veces contienen ricos ajuares. Las únicas que son dignas de una visita son las formadas por los columbarios de las familias Voconia y Julia, situadas entre el teatro romano y la plaza de toros, que llevan en sus frontis respectivos sendas inscripciones dedicatorias, y el primero, en su interior, pinturas con los retratos de las personas que allí tenían sus cenizas, por desgracia muy destruídas por el lamentable abandono en que se han dejado desde la fecha relativamente reciente de su descubrimiento (1927).

Fuera de estos conjuntos son dignos de interés varios sepulcros monumentales aislados, de los que vamos a citar brevemente los más notables. En Cataluña, cerca de Manresa existen dos; uno de ellos, la llamada Torre del Breny, cerca de la confluencia de los ríos Llobregat y Cardoner, que fué notabilísimo hasta mediados del siglo pasado, en que fué destruída toda la parte superior que formaba un cuerpo cuadrangular rematado por un friso esculpado, pero del que queda en pie el noble basamento que tiene dos metros setenta centímetros de altura y más de diez de lado, hecho de grandes sillares. El otro, mucho más modesto, emplazado junto al caserío de Boades, ha sido objeto no hace muchos años (1933) de una concienzuda restauración. Más notable que éstos es, actualmente, la gran sepultura conocida por sepulcro o torre de los Escipiones, situada a la derecha de la carretera de Barcelona a Tarragona, a cinco kilómetros de esta última ciudad, formada por tres cuerpos prismáticos superpuestos, con una altura actual de ocho metros y que tiene en su frontis dos estatuas muy carcomidas con la representación de Attis. Que esta tumba fuese construída para guardar las cenizas de los hermanos Scipión no pasa de ser una leyenda de origen erudito sin ningún fundamento, ya que la obra tiene todos los caracteres de corresponder a comienzos del siglo I de la Era.

En Fabara (Aragón) se encuentra un sepulcro romano muy notable. Hecho de buena sillería, tiene la forma de un pequeño templo *in antis*, con cuatro columnas dóricas en la fachada y dos pilastras estriadas a cada lado; está dedicado a L. Emilio Lupo y parece obra del siglo II. En Sádaba, en la misma provincia de Zaragoza, queda en pie una de las fachadas de otra sepultura suntuosa, dedicada a la familia Atilia; tiene cinco arcadas ciegas sostenidas por pilastras corintias, separadas por otras del mismo orden y rematadas por tres frontones.

Hemos dejado para el final decir dos palabras del gran monumento de Centelles, en Constantí, cerca de Tarragona, sobre cuya finalidad hay las mayores discrepancias entre los arqueólogos que se han ocupado de él. Se trata de un gran edificio del que se conserva como elemento principal un cuerpo cuadrangular de veintiséis metros cincuenta centímetros de largo por trece metros y sesenta centímetros de ancho, y que, interiormente, comprende dos salas; una circular, cubierta con cúpula, en la que quedan restos de un maravilloso mosaico de colores representando escenas que la gran mutilación de la obra hace que sean difíciles de interpretar; y otra de planta cuadrilobulada que no conserva la techumbre. Para Batlle, se trata de un mausoleo; para Puig y Cadafalch, de los restos de las termas de un palacio privado; para Domenech y Montaner, del baptisterio de la sede metropolitana de Tarragona. En realidad lo que se ve del monumento, que es sobre lo que fundan sus apreciaciones los citados arqueólogos, sólo permite afirmar que se trata de una construcción romana tardía (finales del siglo IV), pero, en cuanto a su destinación, únicamente excavaciones científicamente dirigidas podrían esclarecerlo, ya que el citado cuerpo es sólo una pequeña parte de un vasto conjunto de ruinas, del que sobresalen otras paredes



Tossa de Mar (Gerona). Mosaico de la villa romana de los «Ametllers».
(Se conserva en la misma.)



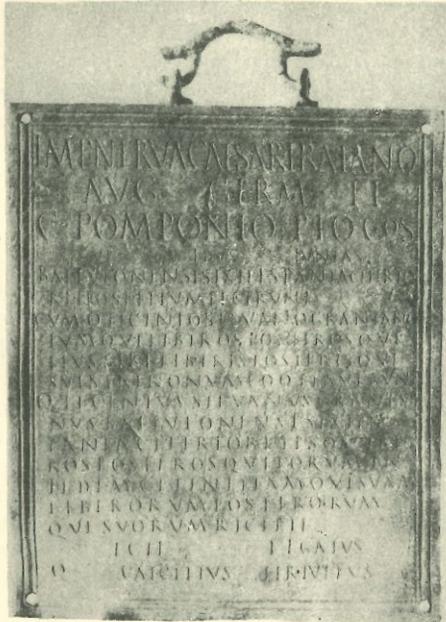
Fraga (Huesca). Mosaico geométrico de la Villa Fortunatus. (*Museo de Zaragoza.*)

que en dos puntos dibujan formas absidiales y del que deben quedar sepultadas gran número de cimentaciones que, puestas a la luz del día, nos dibujarían una planta seguramente reveladora.

LOS MUSEOS QUE CONTIENEN ANTIGÜEDADES ROMANAS

CREEMOS útil terminar esta rápida visión de los monumentos romanos de España, con la enumeración de los principales museos que contienen antigüedades romanas y cuya visita es un complemento indispensable a la que se haya realizado a aquéllos. No sólo guardan en sus salas todos los objetos mobiliarios que nos ha legado la civilización romana, sino que, de gran número de monumentos arquitectónicos, sólo en ellos pueden ser contemplados los restos.

Casi no hay ningún Museo español de arqueología que no contenga un cierto número de antigüedades clásicas, pero de la misma manera que al citar los monumentos nos hemos limitado a los principales, al ocuparnos de los museos nos limitaremos a aquellos que contienen colecciones de gran importancia. Hay que decir en primer lugar que, en cuanto a museos, ha habido un progreso evidente en España durante los últimos años, más que por el aumento de su número y aun de la cantidad y calidad de los materiales que atesoran, por el perfeccionamiento de las instalaciones, cosa esencial en un Museo. Por lo que se refiere a las antigüedades romanas, existen en España seis museos de primera importancia, a los que sumaremos otro por el motivo especial que expondremos. Son aquéllos por orden alfabético de las ciudades que los contienen, los de Barcelona (Museo de Arqueología),



Inscripción en bronce que contiene la designación de Q. Licinio Silvano Graniano como patrón de Baetulo (Badalona). (Museo Arqueológico de Barcelona.)

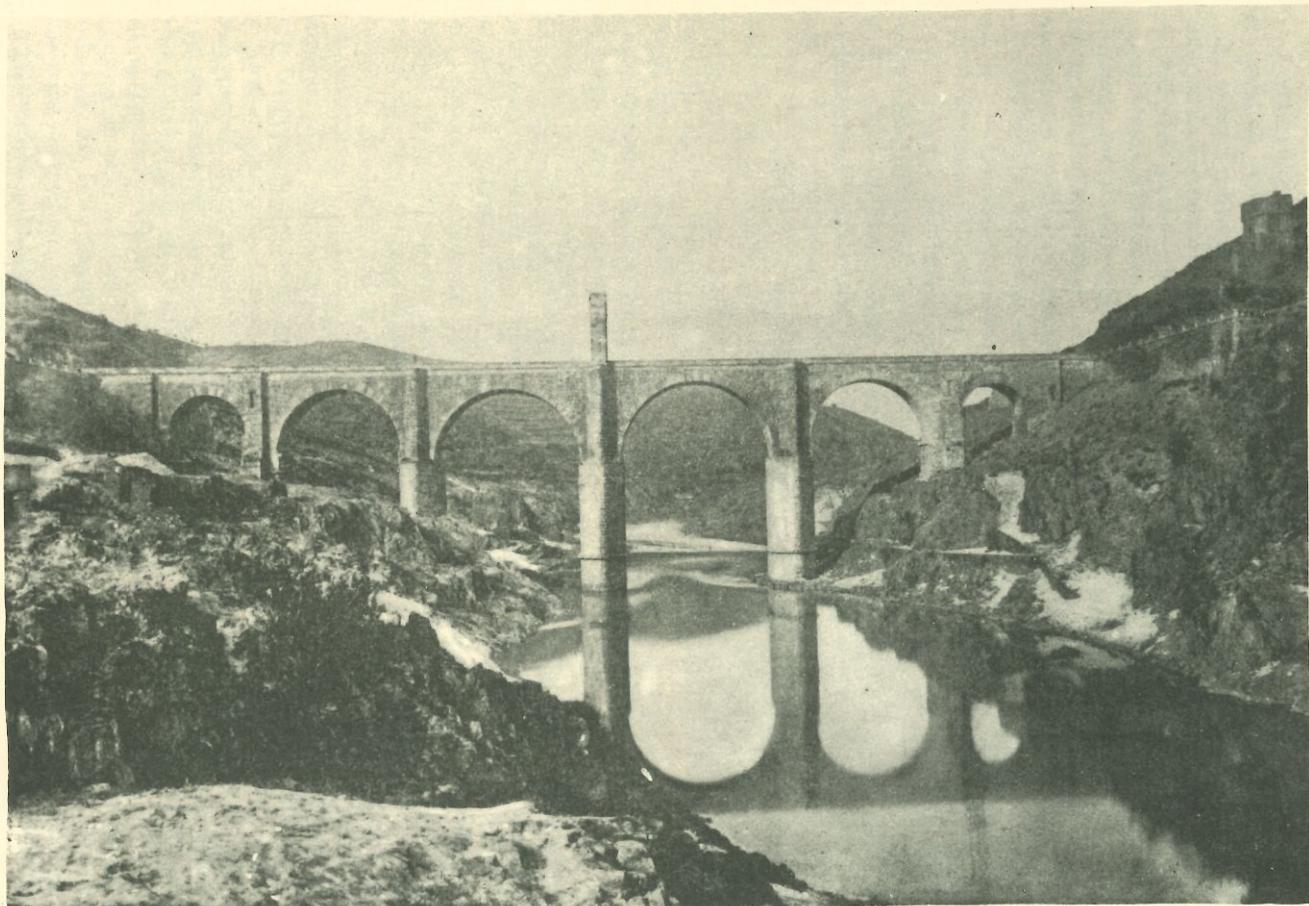
Madrid (Museo Arqueológico Nacional), Mérida (Museo Arqueológico), Sevilla (Museo Arqueológico Provincial) y los dos de Tarragona (Museo Arqueológico y Museo Paleocristiano). El otro es el Museo de la Ciudad, de Barcelona. En lugar más secundario están los de Valencia y Zaragoza que nos contentaremos con citar, y aun se podría añadir la colección de la Condesa de Lebrija, en Sevilla, que contiene una cantidad de materiales digna de un museo importante.

Museo de Arqueología de Barcelona. — Instalado en 1934 en cuanto a la Sección de Arqueología Clásica, contiene sobre todo materiales procedentes de la misma ciudad, la antigua *Colonia Faventia Iulia Augusta Pia Barcino*, y los hallazgos de las excavaciones de Emporion. Su instalación es sumamente sugestiva ya que se ha procurado clasificar sus materiales de una manera racional y al mismo tiempo, siempre que ha sido posible, colocarlos en forma y ambiente que realce su valor y oriente al visitante en cuanto a su utilización. La Sección Romana propiamente dicha comprende cuatro grandes salas y seis menores, sin contar las de Emporion y de las Islas Baleares que contienen también muchos materiales de época romana. La primera sala está dedicada a los monumentos conmemorativos y públicos: inscripciones de esta clase, miliarios, bustos imperiales; la segunda, a los

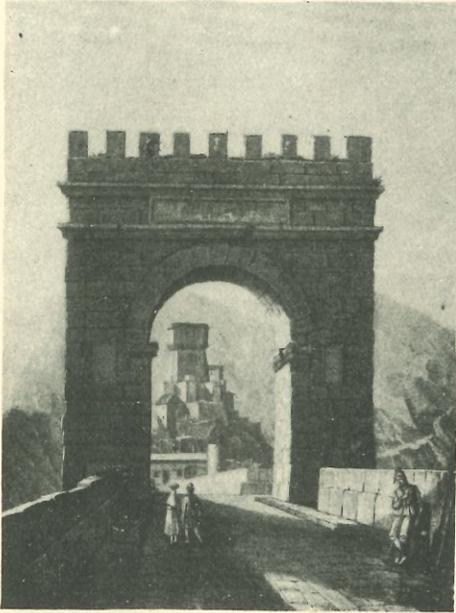
juegos públicos con los dos magníficos mosaicos de las carreras de circo, encontrados en Barcelona y Gerona y que figuran entre las grandes obras de la musivaria romana, vitrinas con estatuítas de gladiadores y lucernas con escenas de juegos, más cuatro vitrinas, colocadas allí provisionalmente, que guardan una maravillosa colección de vidrios de excavación de procedencia en su mayor parte extrahispánica; la tercera sala está dedicada a la vida religiosa: inscripciones dedicadas a divinidades, lucernas y estatuítas sobre temas de la misma clase, la reconstrucción de un templo, fragmentos de la cornisa del de Barcelona, etc. Otra gran sala y otra menor aneja están dedicadas a los monumentos funerarios: inscripciones, sarcófagos, ajuares sepulcrales; en una reconstrucción del sepulcro de Boades se exhiben tres sarcófagos en la misma forma en que debían estar en la cripta con arcosolios de Tarragona. Las salas menores forman la instalación de la Casa Romana, inspirada en una excavada en Badalona (Baetulo), en 1927, y cuyos mosaicos pavimentan varias salas; en el centro se ha dispuesto un atrio con su *impluvium*, ara de sacrificios, *cartibulum* o mesa para la vajilla de metal, larario, etc. En torno al atrio se abren diversas dependencias; una, en que se reconstruye una cocina con materiales y utillaje auténticos; en otra, una bodega en la que se han dispuesto las ánforas; en una tercera, los *dolia*, o sea, los enormes vasos esféricos para guardar el vino; en una pequeña sala, se exhiben bellos bronces, etc. Los materiales romanos de Emporion y Baleares se exponen en la forma clásica, es decir en vitrinas.

Museo Arqueológico Nacional de Madrid.—La instalación de este Museo es provisional en todo lo que se refiere a la arqueología prehistórica y clásica. La sección romana, muy rica, y en la que se han acumulado materiales de primer orden, procedentes de los más diversos puntos de España, ocupa la Sala III de la instalación actual y bien pronto se agrupará en torno al llamado Patio Romano, que es uno de los patios interiores del edificio, cubierto con cristales, y cuyas grandes proporciones, especialmente en altura, han planteado un problema de instalación muy difícil y que ha sido resuelto de manera muy acertada colocando en las paredes diversos mosaicos geométricos procedentes de Clunia, Cuevas de Soria y otros lugares. Ocupando el centro de la Sala se han instalado otros mosaicos, éstos figurativos, traídos de Arróniz, Liria, etc., que pueden ser contemplados desde las galerías que circundan el patio; completan el contenido de éste inscripciones y esculturas colocadas en la parte baja. En torno a este patio se desarrollan las instalaciones que pudiéramos llamar de vitrina: bronces, vidrios, marfiles, cerámicas, etc., que ocuparán buen número de salas de la planta baja del edificio.

Museo Arqueológico de Mérida.—Contiene la mayor parte de hallazgos efectuados en el curso de los años, casualmente o en excavaciones, en la gran ciudad romana y visigótica que sabemos fué Mérida. Los dos grupos de más importancia son el escultórico y el epigráfico, siendo relativamente poco numerosos los de objetos de artes menores y especialmente el de mosaicos, de los que apenas hay ejemplares en el Museo emeritense (uno sólo



Alcántara (Cáceres). Puente romano.



Alcántara (Cáceres). Puente. Arco de Triunfo.
Grabado obra de Laborde.

de figuras y aun pésimamente restaurado). En escultura es acaso el museo más rico de España, por lo menos atendiendo al número de ejemplares expuestos. Además, es un museo destinado a engrandecerse continuamente al ritmo creciente de los hallazgos que tienen lugar en la ciudad. Pero este museo tiene un defecto fundamental y es su instalación lamentable, en un edificio reducido e inadecuado, una antigua iglesia sin valor artístico y, como es natural, en nada apropiada para servir de museo. Los mismos materiales acertadamente instalados producirían un efecto completamente distinto.

Museo Arqueológico de Sevilla. — Hoy día es el polo opuesto del de Mérida. Hasta 1945 su estado fué semejante, acaso peor todavía, pero en la fecha indicada quedó instalado en el Palacio de Bellas Artes de la Plaza de América.

rica, gracias a la conjunción de múltiples esfuerzos que la Inspección General de Museos Arqueológicos supo aunar hasta conseguir la finalidad apetecida. Hoy día, el Museo Arqueológico de Sevilla es el mejor instalado de España y, dentro de sus proporciones, uno de los mejor instalados del mundo. La masa más considerable de los materiales que contiene proceden de Itálica (salas IV a VIII) ocupando un lugar preferente los escultóricos, entre los que figuran un Mercurio, una Venus, una Diana y una estatua de Trajano, que cuentan entre los mejores ejemplares de la estatuaria hispano-romana. Una parte del museo está en curso de instalación. La colección de la condesa de Lebrija a la que nos hemos referido, guarda igualmente antigüedades itálicas, especialmente mosaicos, de los que el museo es bastante pobre.

Museos Arqueológico y Paleocristiano de Tarragona. — El Museo Arqueológico de la antigua capital de la extensa provincia tarraconense, estuvo, casi sería mejor decir almacenado que instalado, en una reducida dependencia de la planta baja del palacio ocupado por el Ayuntamiento y la Diputación Provincial, en la Plaza de la Font. Durante los días de la guerra civil se comenzó a instalar en el Palacio Arzobispal y, al ser devuelto éste a los arzobispos, quedó almacenado en muy malas condiciones para ser examinado, en su antiguo local, con una sola y minúscula sala de exposición.

Por fortuna, reconociendo la importancia del material allí reunido, en septiembre de 1948 apareció el orden de levantar un edificio expreso para museo junto a la Torre de Pilatos. Forman sus fondos bellísimas esculturas de mármol, entre las que se cuentan un Baco, una Venus y un niño etíope en bronce, una Pomona, restos de los grandes templos de Augusto y de Júpiter, mosaicos tan notables como el de la cabeza de Medusa, y otros muchos objetos encontrados casi todos en Tarragona mismo. Se ha dicho con razón que los hallazgos de esta ciudad «son siempre de una excelente calidad, superior a lo que se suele ver en el arte provincial romano» (1), lo cual puede constatarse visitando su museo.



Martorell (Barcelona). Puente del Diablo.

El Museo Paleocristiano al que nos hemos referido en otro lugar contiene únicamente hallazgos de la gran necrópolis allí descu-

bierta. Su instalación es digna, bien que el criterio que se adoptó al hacerla pueda considerarse un poco anticuado, incluso para la fecha de su inauguración en 1929. En cambio la conservación intacta de una parte de la necrópolis en su subsuelo es digna de todo encomio.

Museo de la Ciudad, Barcelona. — El interés arqueológico de este museo, más que en la cantidad de objetos romanos que contiene, que es muy limitada, reside en el hecho de haberse conservado en su subsuelo una zona de ruinas romanas de época tardía, descubiertas al reconstruirse allí (Plaza del Rey) la antigua casa Padellàs de la calle de Mercaders, que sirve de local a este museo. Existe el proyecto de ampliar este subterráneo por toda la Plaza del Rey y aun de enlazarlo con las excavaciones que se efectúan en la plazoleta de Sant Iu, calle de los Condes de Barcelona y debajo del antiguo Palacio Real presidido por la gran sala del Tinell. Si esto se realiza, tendremos visitable un trozo de la ciudad romano-visigótica de crecido interés. Ya en el presente la visita de estos restos es altamente emotiva.

(1). GARCÍA Y BELLIDO, *La España del siglo I de nuestra Era, según Mela y Plinio*. Madrid, Espasa-Calpe, colección Austral, 1947, pág. 50.

ALGUNOS LIBROS SOBRE LA ESPAÑA ROMANA

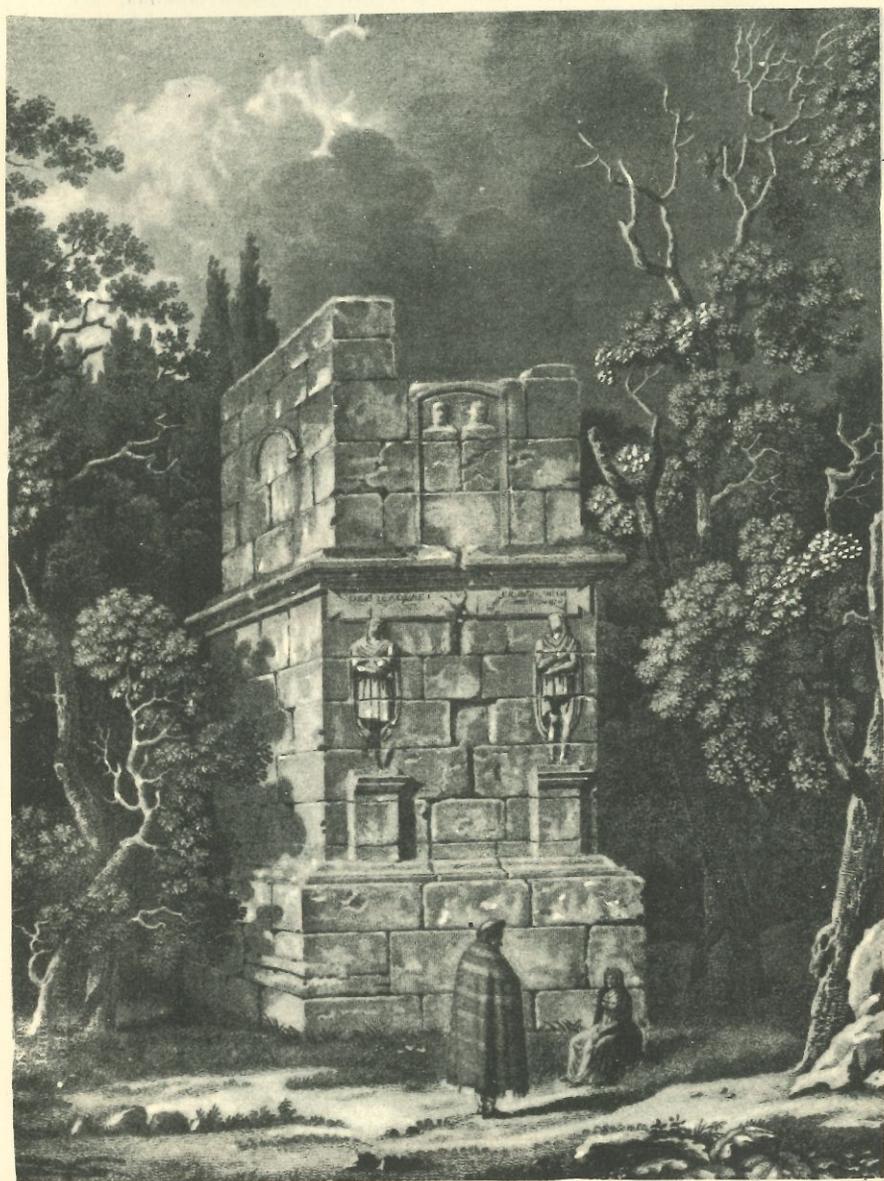
EL lector al cual hayan interesado las páginas que preceden, podrá desear conocer otros libros en los que se den noticias sobre los monumentos romanos de España y la Hispania romana en general. A continuación daremos una breve relación de libros mediante la lectura o consulta de los cuales pueda satisfacerse este deseo, prescindiendo naturalmente de estudios monográficos especiales.

Hace años, en 1925, el viejo maestro de la arqueología española don José Ramón Mélida, publicó en la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, un volumen con el mismo título que el nuestro, *Monumentos Romanos de España*, bien que con un carácter completamente diferente. Este volumen de 153 páginas con 48 láminas, es muy recomendable pero muy difícil de encontrar, agotado hace largos años. Para Portugal véase Antonio Mesquita de Figueiredo: *Monuments romains du Portugal*, París, Leroux, 1913.

En historias de España o del Arte español de carácter general será posible encontrar estimables capítulos sobre arquitectura romana en España, por ejemplo en el volumen II de la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal (Madrid, Espasa-Calpe, 1935), en parte debida al mismo Mélida; en el volumen I de la *Historia de España* de Luis Pericot (Barcelona, Gallach, 1941); en el volumen II de *Ars Hispaniae* (Madrid, Plus Ultra, 1947), debido el arte romano a Blas Taracena; en el volumen I de la *Historia del Arte Hispánico*, del Marqués de Lozoya (Barcelona, Salvat, 1931).

Una obra muy antigua, que se encuentra en el comercio de libros antiguos a muy alto precio, pero que figura en todas las grandes bibliotecas y que, a pesar de los años transcurridos desde su publicación, sigue teniendo un enorme valor, es la de Alexandre de Laborde, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (París, 1806-1820), álbum de láminas con notas explicativas. No sólo Laborde y sus colaboradores pudieron ver muchos monumentos desaparecidos o muy mutilados durante el siglo XIX y lo que llevamos del XX, sino que de un gran número de ellos el estudio de Laborde sigue siendo el único o el mejor que se ha hecho. Hay que observar que el autor, como perteneciente a la época prerromántica, concede un interés primordial a todo lo que se refiere a la antigüedad, menospreciando los monumentos de la Edad Media.

Para Cataluña es esencial, y para las demás regiones de la Hispania falta un trabajo semejante, la obra de J. Puig y Cadafalch, *L'Arquitectura Romana a Catalunya* (Barcelona, «Institut d'Estudis Catalans», 1934). Para dar una idea del modo de vivir en la Hispania publicamos no hace mucho un volumen de vulgarización titulado *La Vida en España en la Época Romana* (Barcelona, A. Martín, 1944), que puede ser consultado con



Tarragona. Sepulcro de los Escipiones. Laborde.

provecho. De las dos ciudades más importantes hispano-romanas, las mejores guías asequibles fácilmente son: para Mérida, la de Maximiliano Macías, *Mérida monumental y artística* (2.^a edición, Barcelona, La Neotipia 1939) y, para Tarragona, la de Adolfo Schulten: *Tarraco* (Barcelona, Bosch, 1948).

En todas estas obras se encontrarán indicaciones bibliográficas abundantes que permitirán ampliar hasta el infinito el conocimiento del vasto campo de la arqueología romana.

Revista dedicada exclusivamente a esta especialidad no se publica ninguna en España, pero en las copiosas colecciones del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, del *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, del *Archivo Español de Arqueología* (hasta 1939 *Archivo Español de Arte y Arqueología*), de las *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología*, de los *Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre*, de *Ampurias*, etc, podrá seguirse el movimiento de estos estudios. Recientemente se publica en el extranjero, en Roma, una revista bajo el nombre de *Fasti Archaeologici*, editada por *The International Association for Classical Archaeology* (a partir de 1946) en la que se resume de una manera muy completa todo el movimiento científico mundial sobre la materia, sin olvidar el hispano.



Barcelona. Museo Arqueológico. Sala de los Sepulcros.
Aras y efigies funerarias y tumba monumental reconstruída.

ESTO ES ESPAÑA

Biblioteca gráfica de la vida, arte y costumbres de nuestro país

* * *

VOLÚMENES PUBLICADOS:

MASCARONES DE PROA Y EXVOTOS MARINEROS	Julián Amich Bert	LAS FALLAS	Francisco Almela y Vives
LA ARMADA EN EL REINADO DE LOS BORBONES	Miguel Tormo	BRUJERÍAS	Fernando Gutiérrez
EL CARTEL	Rafael Santos Torroella	MONUMENTOS ROMANOS	José de C. Serró Rafols
TÍTERES Y MARIONETAS	Sebastián Gasch	ADVOCACIONES DE LA VIRGEN	R. P. Elen

PRÓXIMOS A APARECER:

ARTE RUPESTRE	Luis Pericot	LA MINIATURA	Jesús Domínguez Bordona
PROCESOS CÉLEBRES	Pelayo Sueiro	GUINEA	José Esteban Vilaró
PLANTAS DE JARDÍN	Noel Clarasó	ARTISTAS ESPAÑOLES EN EL BALLE	Juan-José Tharrats
ARQUITECTURA PREHISTÓRICA	Maluquer de Motes	PLAZAS DE TOROS	Antonio Olmedo
EJERCITO IMPERIAL	Fernando Díaz-Plaja	POLÍTICOS DEL SIGLO XIX	Luciano de Taxonera
NOVELISTAS ESPAÑOLES	Agustín del Saz	LA LITOGRAFÍA EN ESPAÑA	Rafael Santos Torroella
MARFILES ESPAÑOLES	Ricardo Martínez Llorente	MARRUECOS	Antonio Colón
NAVES MINIATURA Y DENTRO DE BOTELLA	Enrique del Mar	PATIOS MALLORQUINES	José Costa
MILITARES ROMÁNTICOS	General Bermúdez de Castro	PATIOS ANDALUCES	Santiago Montoto
AUTORRETRATOS	Juan Antonio Gaya Nuño	AZULEJOS	Carlos Cid
HIERROS	Carlos Cid	EL CIRCO ESPAÑOL	Sebastián Gasch
		PESCA DE ALTURA Y DE BAJURA	Julián Amich Bert

EN PREPARACIÓN:

JOYAS POPULARES Y AMULETOS	Carmen Baroja	LA MODA OCHOCENTISTA	Carlos Saldevila
ÓRDENES MILITARES	Luciano de Taxonera	ESPADAS	Emilio Sobejano
TABERNAS	Luis Romero	POETAS ROMÁNTICOS	Fernando Gutiérrez
EL PRIMER FERROCARRIL	Miguel Capdevila	CONDECORACIONES MILITARES	General Bermúdez de Castro
LA JOTA	Joaquín Gibert	CASTILLOS	José Montero Alonso
ESPAÑA VISTA POR LOS INGLESES	Charles David Ley	PÁJAROS	Francisco Bernis
APARICIONES EN GALICIA	José M.º Castroviejo	LA MONA DE PASCUA	Carmen Perarnau
EJÉRCITO COLONIAL	Coronel Priego	SANTOS ESPAÑOLES	Ricardo Martínez Llorente
		VIDRIOS	Alfonso Macaya